CUARTO CENTENARIO DE LA FUNDACION
DE SANTIAGO DE CHILE

11(325a-17)

GIUSEPPE GUERRA

Inés de Suárez

ACCION DRAMATICO HISTORICA

Traducción del italiano por
O. ALBOREA Y.

Imprenta y Editorial
"San Francisco"
Padre Las Casas.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILENA
CHILE

CUARTO CENTENARIO DE LA FUNDACION DE SANTIAGO DE CHILE

12 de Febrero de 1541 — 12 de Febrero de 1941

GIUSEPPE GUERRA

Inés de Suárez

ACCION DRAMATICO HISTORICA EN CUATRO EPISODIOS Y ROMANCE HEROICO.

Traducción del italiano por O. ALBOREA J.

Imp. "San Francisco" Padre Las Casas

A la memoria de mi mujer
NICOLASA TORO OVALLE de GUERRA,
Chilena.

A mi hija
TERESA GUERRA TORO,
Romana.

ES PROPIEDAD

José María Souviron

Epístola a Giuseppe Guerra

por su libro

Inés de Suárez

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
MAY 5 1941
DEPÓSITO LEGAL

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL

Acabo de cerrar, mi buen amigo,
después de una lectura aficionada,
el drama que, en lenguaje de tu tierra,
has escrito sobre hombres de la mía.
Sobre hombres digo, aunque olvidar no quiero
que una mujer es la que lleva el lauro
de esta acción, y concentra en su perfiles
la fuerza de una entraña prodigiosa.
Esta Inés de Suarez, cuya hazaña
cuajada en el amor ,tiene la bella
dulzura de las tiernas alboradas
y la fuerte violencia del turbión
que azota en vandabal arrebatado.
¡Toda la lira!.. El temporal violento
de la pasión, la guerra y el dominio,
y la caricia suave de la brisa
que despierta al rumor de la mañana.

Surge su hermosa plenitud vibrante
entre los recios, trágicos soldados,
como una de esas gráciles palmeras
que en los campos de España, aisladas brotan
entre una muchedumbre de encinares.
La miro, entre los versos de tu drama
que realidad trasuntan, y poesía,
mujer de entero corazón doliente,
firme ante los embates y desgracias,
maternal en la luz de su misterio
femenino, tronchado por la suerte;
violenta en ocasión de valentía,
sonriendo entre el silbar de los venablos,
animando a los hombres con su arrojo,
y mínima, indefensa, atribulada,
a los pies de Don Pedro de Valdivia...

Mujer, y nada más: éste es su nombre.
Clama el dolor corriendo por sus venas
y la sangre española arde en torrentes.
Sangre española de los que se lanzan
al desierto, sin otra luz ni guía
que la que arde en sus pechos. Agotadas
están las fuentes a sus derredores.
Tiemblan tormentas en la lejanía.
Se anuncian desventuras. Arde el polvo
azotado por turbias arboledas.
El ansia de los mares se retuerce
bajo un revuelo de anchos nubarrones.
Alzan las rocas su perfil enhiesto...
pero si Dios y España lo reclaman,
dulce ha de parecerles el cansancio,
gratas las noches bajo el cielo frío
y no habrán de dolerles las heridas
que reciban en honra de su sueño.

¡Oh fervor silencioso!.. ¡Ardor de fuego!..
Tiembla la tierra bajo las pisadas,
y el lirio se conmueve levemente
cuando la peña, descuajada, cae.
Se dobla el arbol gigantesco, y cruje,
mientras el pajarillo entre sus ramas
sigue cantando deliciosamente...
... ...
Gracias por el recuerdo y el deleite
que la lectura de tu libro deja
en mi gusto español. Gracias, amigo,
por haber puesto en lengua de Ariosto
una hazaña española. Fraternales
somos en el romance y lo romano
y a los dos, al nacer, nos saludaron
brisas mediterráneas.

Que algún día
esta "Inés de Suárez", vea sus versos
puestos también en lengua castellana.
Y en tanto que se acerca la gloriosa

fecha que conmemora el nacimiento
de esta grande ciudad en que vivimos
fundada por aquel capitán fuerte
que sufrió en su destino enamorado,
te envío, desde mi plácido retiro,
medio campestre, medio ciudadano,
un abrazo español, y mi recuerdo.

José María Souviron.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILE

Prefacio de Hugo Gallo

Quien hace el prefacio de una obra poética (cuando ella tiene su fundamento en la historia), en lugar de entrar en análisis o síntesis históricas, debería contentarse (y sería ya tener mucha ventura) con hacer una obra poética.

En pocas palabras: se trataría de un comentario-preludio.

El descubrimiento de América y sus relativas conquistas tienen una parte de su origen, la mayor, en el Renacimiento.

Es cosa sabida que el primer y genuino Renacimiento es italiano.

La historia se ve precedida por el mito: el héroe de los poetas es un anticipo del hombre de acción, estudiado y transmitido a la posteridad por los historiadores.

Y he aquí que sobre el plano mitológico, el Mediterráneo con sus héroes es la síntesis prefigurativa de toda la vida histórica del mundo.

Tiene en su nombre un espléndido emblema: es un mar que hace vivir a la tierra ya que se halla en medio de ella para armonía de equilibrio, como sede de dominio y de guía.

Quien quiere vivir o vive en él, o pasa por él: es el camino y la vida.

Sobre sus orillas la verdad ve la luz; el imperio y la justicia de Roma, la revelación y la caridad de Cristo.

Todas las gentes lo saben, lo reconocen y en vano, a veces, se rebelan a su supremacía práctica y espiritual.

Volvamos al mito, de donde, por misteriosa descendencia nace la historia.

El presagio se hallaba ya en Homero porque fué en el mundo helénico (país de artistas y navegantes) y fué en Dante con su Ulises que descubre las montañas del Purgatorio situadas en el océano austral y fué en Petrarca

> el sol rápido inclina...
> el día nuestro vuela
> a gente que de allá quizás lo espera.

Y así el "quizás" de Petrarca se convierte en el "es cierto" de Andrés del Pozzo Toscanelli y fué el "sí" heroico y glorioso de Cristóbal Colón.

En el cual Ulises vivió.

Conocemos la historia y es inútil en el prefacio a una obra poética repetirse.

Tan sólo insisto, dado el preámbulo ya salido de mi pluma, en afirmar que uno de los méritos intrínsecos del drama de José Guerra lo constituye el de remontarse por el origen verdadero del argumento a este principio substancial de la historia, a las estirpes mediterráneas.

El descubrimiento de América coincide exactamente con la muerte de Lorenzo el Magnífico, señor de Florencia, la Atena europea de la renacida civilización humana y humanista; y coincidió con el derrumbe de aquel equilibrio político italiano que correspondía también a un equilibrio europeo.

Después, de entre el marasmo de luchas que siguieron al declinar de ese equilibrio, descuella victoriosa España, forjada por la reunión afortunada de estados, por ocasiones propicias, por el valor de sus hombres y por ardor y poderío de fe.

El gran poderío de España no se habría formado sin la reunión de los dos reinos de Aragón y Castilla.

Surge un gran nombre: Isabel la Católica, y he aquí una vez más a Colón, hermano ideal de esa perfecta y poderosa figura de mujer.

Colón es el don más grande que Italia hizo a España, y no sólo a ella.

Además de Colón fueron en su mayoría italianos los expertos y pilotos de muchos descubrimientos y expediciones, desde Vespucio a Cabot, a Vartema, a Pigafetta, a Pancaldo, a Juan Bautista Pastene y muchos otros.

Italia tenía en sus hombres el soplo espléndido y giganteso del Renacimiento, el espíritu de sabiduría unido al de la aventura.

Los españoles, pueblo de la tierra en abundancia, debía darnos guerreros, gente que salida de la tierra, pensaba en la tierra, en el latifundio que según la sentencia de Plinio está destinado a la pérdida de las naciones.

En este amor a la tierra, menos tenaz talvez, la estirpe ibérica se asemeja a los primitivos habitantes del Lacio. —

Hubo, por lo tanto, en España y especialmente en la desértica meseta central y en la pastoral Extremadura, un vivero de hombres recios y fortísimos.

El lado duro y crudo de la vida primitiva revivió potentemente en los batalladores y caminantes sin reposo.

Hombres fuertes, soldados de ventura y regulares, que habían conocido los ataques y los asedios, las hambres y los botines, todo peligro, toda pequeña y grande infamia y gloria; los expugnadores de los reinos de Montezuma en Méjico, de Atahualpa en el Perú, los transmontadores del Istmo de Panamá, los conquistadores de las tierras araucanas de Chile.

De estos últimos, jefe fué Pedro de Valdivia, cuya famosa historia se narra y compendia en parte en el libro que prologamos.

Y entre estos hombres valerosos hubo también mujeres.

Llegado a este punto debería detenerme sobre aquella que, como Isabel junto a Colón, estuvo junto a Pedro de Valdivia: Inés de Suárez.

Esta tarea, con luz y fuerza de poesía, además de precisión de historiador, la toma sobre sus hombros José Guerra.

Y entonces debería decir al lector, como Virgilio a Dante.

"Ahora por ti solo te alimenta".

En cambio deberé adentrarme en una consideración de orden general.

Hablar de la mujer española es hacer el elogio de la pasión.

Si Grecia e Italia nos han dado especialmente (hablamos de la hermana del genio) artistas y matronas, señoras e inspiradoras de artistas, diosas terrenas bajo el signo de la gracia y de la armonía; si la Francia intelectual y mundana nos ha revelado la naturaleza de sus "precieuses" — que bien me guardo de tachar de "ridículas", al rememorar a Juana de Arco y a Santa Teresita de Lisieux; la fuerte España católica y morisca celtíbera y latina nos ha dado con largueza en el curso de su violenta historia sus "amantes".

Amantes de Dios, como Teresa; del poder, como Isabel; del amor, como las mil desconocidas y celebradas que han inspirado los dramas de su vida y poesía.

Y henos aquí con Inés de Suárez, he aquí la mujer fuerte y sencilla, sierva y capitana, viuda y enamorada de un hombre, que ligado a otra, no puede, como quisiera, consagrarle el amor según su fe, presa de devoción y furor.

A Inés, Cupido, el dios vendado, dió tanta energía que la convierte en sanguinaria, conservándola humana y dulce, de una extraña aunque un tanto cruel dulzura que no destruye ni devora, sino que salva.

Heroína entre los héroes, como musa entre los poetas, su hermana latina, la mujer de Italia.

La mujer ibérica (¿y quién no piensa en la ibérica Anita?) ha preferido la áspera vía sangrienta y en ese clima siente ella el amor y en él quiere la vida. **Habent sua fata mulieres.**

Una vez más, por la sola virtud de la pasión, la frágil esencia femenina halla en sí intacta la fuerza creadora y la ofrece al hombre para la victoria.

José Guerra ha vivido en España donde fué corresponsal apreciadísimo del "Giornale de Italia" de Roma, en los años 1911-12; cúpole en suerte unirse en matrimonio con una mujer chilena descendiente de una antigua familia española en la cual hubo un presidente de la República; él ha penetrado profundamente la esencia del alma hispánica y nos ha narrado con maestría una página de la historia de España que lo es también de América y de Chile.

Y me doy cuenta de poder decir lo que he afirmado sin disminuir el valor histórico de la independencia del continente latino-americano frente al esplendor moral y político del gran siglo español.

Esta es historia de España y principio de la historia de Chile.

En el origen de Chile de nuevo la historia se confunde con el mito y resplandece de luz más vívida; como el origen épico de Roma, en el cual Eneas no es aún romano y ya no es asiático. Pedro de Valdivia al conquistar a Chile no es ya sólo español, y no es aún verdaderamente americano.

Su figura, en el drama de Guerra, no domina como protagonista; porque este honor le corresponde a la mujer que fué suya y que supo renunciar a él.

Hallamos pues una afinidad ideal entre esta Inés y la Ermengarda manzoniana. El teatro se interesa de las personas infelices y que de la infelicidad saben crear una fuerza poderosa.

También José Guerra ha sabido elegir una trama en que el pathos y el ethos, la pasión y la ley moral producen aquella profunda antimonía que el Hado de los Griegos hacía vibrar como factor de valor cósmico en la tragedia.

La fe cristiana y católica del autor concilia este choque. De este nuevo factor nace una mayor serenidad y menor violencia de choques entre las almas. No es más tragedia, sino un drama.

El drama está escrito en versos, en endecasílabos blancos que pueden recordarnos a Pascoli en sus "Poemas Conviviales" u otros autores que se han particularmente dedicado al teatro en versos, pero tienen, y es lo que más vale, una huella y una naturaleza muy propia.

Y esto porque Guerra posee su estilo propio.

Abogado, político, periodista y corresponsal de Madrid y de Londres, poeta, y se me perdone este hacinamiento de cualidades y aptitudes; pero la personalidad de José Guerra, hijo de la helénica Parténope y cosmopolita por experiencia, es multiforme. ¿Por qué no recordar su brillante capacidad de músico?

Y ahora lo tenemos como autor de teatro.

Quiero abrir el capítulo de las anticipaciones, y así completar estos toques prefaciales sobre Inés de Suárez, Pedro de Valdivia y sobre Isabel, la mayor figura hispánica femenina, madre y hermana de todas las otras mujeres que la historia y poesía conocieron y celebraron entre las hijas de Iberia.

Inés dice a su Pedro, evocando la tradicional costumbre que se puede aún ver en América, de cabalgar al anca sobre su caballo de guerra y aventura.

Y avanzaremos en el viento unidos,
tú ensanchando la tierra para España
de tu corcel al paso... y yo de vida
y de sol y de amor enajenada
ciñendo con mis brazos tus membrudas
espaldas de varón...

En un solo verso de largo aliento encierra toda su última aventura. Habiéndosele muerto su marido en tierra de Nueva Granada (Venezuela).

De mar a mar peregrinando he ido.

En otro verso expresa todo su inconsumible ardor de mujer que ama, aún después de las ofensas, el repudio, la ingratitud.

y el amor sólo pide amor...

... ...

Si junto a él placer intenso
me dió el amor, también duro martirio
me hizo el amor sufrir, con él viviendo...
y destilaba lágrimas la risa
y me dejaba siempre en desconsuelo
toda gracia otorgada.

Como se ve, la forma poética de José Guerra es lírica y llana a la vez; su lenguaje es fácil y puro, la construcción del período posee la armonía clásica y la facilidad del hablar vivo que nace del pensamiento claro.

He aquí cómo esa lengua y esta forma poética, que aunque muy italiana tiene siempre algo del estilo de una obra lírica, describe el recuerdo palpitante de una escena de amor.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

Dábale él tres golpes recios
y breves a la puerta con el puño
de su espada, cual llama con imperio
el señor para ser obedecido.
Corrías tú: le abrías al momento...
y con él penetraba en la casa

el sol y la ventura al mismo tiempo.

Es dulce padecer por cuanto
ha transcurrido, cuando está repleto
el corazón de gozo.

Veamos otra escena fuerte. Valdivia llega para darle el saludo del adiós. El le habla de la mujer que, legítima esposa, vive en España y que de un momento al otro debe reunírsele.

Inés con bellas y cálidas palabras que reivindican el propio amor, única fuerza de su vida, no puede contener un impulso de celos por la mujer de Pedro que no ha convivido sus riesgos y convivirá, como él anuncia, su triunfo debido en gran parte a Inés misma.

Pedro no halla palabras mejores que las siguientes:

Es mi mujer.

Inés se defiende con una simple exclamación, llena de encanto, vibrante:

¿Y yo?

Silencio largo. Después continúa:

Tu ser
he conquistado para mí con tierno
amor y con dolor... ¡Yo sola... yo
soy tu mujer!... la que se encuentra lejos
es tu querida.

En momentos de mayor calma, cuando siente la resignación por el amor apasionado que no le será correspondido Inés acaba por decir:

Siempre amor de mujer es verdadero
amor de madre... No se rinde nunca
ni al tiempo, ni a la muerte, ni al perverso
o ingrato proceder que le responda.
... ...
Mi pensamiento
en cambio, fiel te seguirá doquiera
que vayas

y da a su hombre buenos consejos, no ya como una amante que quiere dar y recibir, sino como madre y hermana que quieren sólo dar y salvar.

Un último momento de dulzura ella siente cuando él le pregunta:

¿A tu lejana
casa, Inés, algún día volveremos?...

y ya cede, cuando con un gesto dulce y firme, alejando de sí a Pedro, con voz triste y lenta exclama:

Yo sola, Pedro, sola he de tornar.

Para iluminar la personalidad de Inés, podemos releer cuanto de ella dicen los historiadores. Abro uno de los mejores, Crescente Errázuriz: "Don Diego García y Villalón dijo que ella curaba los heridos arrancándose las mangas de la camisa". Y agrega: "No descansó un instante, procurando alimento a los soldados, curando a los heridos, empeñándose en confortar a todos".

Luis Galdames, uno de los autores de historia chilena más apreciados en la concisión que le impone el plano de su obra, en su Estudio de Historia de Chile así se expresa: "En la expedición venían también mujeres y niños. Sólo una española se contaba entre ellas, Inés Suárez, que acompañaba al jefe" (Pág. 55, 8.a edic.). Nada más... y, sin embargo, tanto valor tiene ese "solo", porque ella sola fué capaz de hacer cuanto hizo.

América fué descubierta y conquistada por la fe de Isabel y Colón; el Rey Fernando en su perspicacia no habría tenido tanta audacia.

A Chile, después de la malograda tentativa de Almagro, le fué menester la audacia y prudencia de Pedro de Valdivia, la fe obstinada y el amor de Inés y también la obra navegatoria de un ligure: Juan Bautista Pastene.

De él se expresa el mismo Valdivia: "El capitán, piloto y señor del navío es Juan B. Pastene, genovés, hombre muy práctico de la altura y cosas tocantes a la navegación y uno de los que mejor entienden este oficio de cuantos navegan este mar del sur, persona de mucha honra , fidelidad y verdad".

Se le nombró **Teniente del Capitán General en la mar.**

Fué el primer italiano que vino a Chile y a fuer de verdad, fué útil.

¿Cuál fué, pues, el mérito de Inés en la conquista?

El ser, como española, mujer de fe y amor, de obstinación violenta y de valor resuelto.

Y aquí abro un paréntesis sobre Isabel la Católica, la Reina cuya súb-

dita fué Inés y a quien miró ésta como modelo heroico, quizás inconscientemente. Pero (y he aquí la causa del paréntesis) Inés fué, según mi parecer, en la expedición y conquista de Chile lo que Isabel para el descubrimiento de América. **Hic magna licet componere maximis.** ¿Cuál fué el mérito de la Reina en el descubrimiento del Nuevo Mundo? El haber tenido la misma fe del Descubridor. Ella era mujer de casa y familia en la vida cotidiana; una buena madre, madre de sus hijos, madre de sus súbditos. Los hijos y los súbditos fueron después desventurados. Y ¿por qué? Por haberse, antes que nada, desviado del camino que ella le trazara. Oigamos lo que dicen de ella los historiadores que se remontan a las fuentes contemporáneas. "Vivió modesta con una vida de familia ejemplar. Rogaba a sus sucesores que se tratara a los Indios de América como a sus súbditos **como que al emprender el descubrimiento se había tenido en mira ganar almas para el Cielo y no esclavos para la tierra**".

Y no faltó quien la comparara a la Virgen y basado en esta infinita alabanza, Pedro de Cartagena dijo de ella:

Es que sois mujer entera;
en la tierra, la Primera,
y en el Cielo, la Segunda.

Y Castelar, dejándonos un claro examen sintético, de las dos grandes personalidades de los Reyes Católicos, así se expresa:

"En él (Fernando) predominaba un criterio político y en ella un criterio moral. Fernando como andaba siempre por el suelo de la realidad, veía los obstáculos; Isabel, como volaba por el cielo de las idealidades, no veía sino luz y estrellas. El Rey profesaba el dogma de ayudar a la Providencia de Dios, aunque parecía favorables a sus proyectos; Isabel exaltadísima confiaba en la esperanza y en la oración. Fernando parecía el raciocinio hecho hombre; mientras Isabel era la inspiración hecha mujer".

Interesante, por no decir definitivo, el saber que en el testamento a los hijos y a la nación española Isabel haya dejado escrito: "que no se enajenara nunca de sus reinos la plaza de Gibraltar".

Isabel, madre de España. Inés, madre de Chile, de ese Chile español que después llegó a ser el Chile de ayer, de hoy, de mañana.

Y para conquistar a Chile, Inés hubo de ensangrentarse las manos. Para que las almas de los indios fueran después conquistadas a la Nueva Fe, hubo de tener un momento de fuerza casi diabólica y empezar ella, mujer, ella, la enamorada, la obra del homicidio. Pedro estaba lejos, los indios, superiores en fuerza, asaltaban a los españoles, quienes en rehenes tenían a

siete caciques. Inés, no obrando en conformidad con la ley de amor que dictara la Reina, supo dar muerte a los rehenes, rompiendo con toda ley humana para que triunfase la ley divina. Y así esa sangre fué fecunda para la misma conquista de fe que Isabel quería sobre toda otra cosa. La sangre es — y se trata de un hecho humano y divino a la vez si se piensa al sacrificio del Hombre-Dios — el motor de la historia. Siempre. También José Guerra ha sabido decirlo en bellísimos versos:

Pasó el arado, destrozando el brazo
al infeliz labriego, que un descuido
hizo caer del surco en el abierto

seno, empapándolo de sangre. Airoso
y tupido creció más tarde el trigo
en espigas sabrosas y apretadas.

¡Siempre así! Nace más gallardo y fuerte
el gérmen de la vida, fecundado
por la sangre, el martirio o por la muerte.

Después del sacrificio de la sangre a Inés toca, como se ha dicho, el sacrificio del amor. Ella le había dado todo a Pedro. El debía, sin embargo, dejarla. Este es el tema íntimo del drama. Y ella sabrá decir lo que pesa en su corazón. Así a quien, delante del abandono de Pedro, le recuerda que le ha dado tanto a él.

Cuanto
le supo ella brindar de amor, auxilio
e intrepidez, durante el fatigoso
viaje, rumbo a estas tierras...

Y nadie recordó con alma grata
lo que habéis sido siempre para todos
en horas de peligros y de pesadas
pruebas.

Inés dice:

Y cual me quedo en la radiosa
hora del triunfo...
Alonso, Alonso, sangra
mi corazón, mas no por mí. He vivido
ya demasiado del amor esclava

para que, en estas horas de tormento,
pueda aún estar solícita de mi alma...

Y para qué me ha de servir esta amplia
libertad del vivir, si quien me tiene
de amor esclava, para mí no guarda
ya un recuerdo, ni sale a mi defensa?...

Mas tampoco es llama
de orgullo: es el amor el que cautiva
de sí me tiene y me consume el alma...

Ese es el temple de doña Inés. José Guerra (no hay que olvidar su pasado de abogado defensor agudo y ardiente, de orador y organizador político cristiano-social) ha defendido a Inés del consciente olvido de los historiadores. Y ha escrito este hermoso drama de amor y de muerte. Pedro se aleja y corre a la muerte. Inés más tarde irá en segundas nupcias con Quiroga y será, por lo tanto, gobernadora de Chile. Dióle entonces la historia, habiéndole quitado el amor, el honor merecido. Triste y poca recompensa para una mujer de su talla.

Sólo nos resta el considerar como el autor, a fuer de defensor poético de Inés, haya tratado a Pedro de Valdivia acusado de haber faltado a su amor.

José Guerra ha sido imparcial y reconocido aquellos fatales derechos por los cuales Napoleón hizo lo que hizo con su criolla Josefina.

Pero hay un punto que, aunque sea con prisa, al fin de este prefacio quiero citar.

Pedro de Valdivia había militado en Italia; había conocido el gran comando y la estrategia perfecta de Fabricio Colonna y del Duque de Pescara. También él, como Simón Bolívar, conoció la majestad de Roma y sacó voces de vida y de incitación a grandes empresas.

El "Libertador" para la liberación, el "Conquistador" para la conquista, porque Roma es la ciudad de César, es la ciudad de Dios, como dijeron Agustín y Dante.

Pedro había participado al "sacco di Roma" en 1527. Había obrado humanamente, impidiendo el saqueo de un convento de monjas que sus feroces soldados habrían, sin su energía y moralidad, llevado terriblemente a término. Así Guerra les hace decir a los soldados de Chile:

Distinto
es su querer, del de las dulces monjas
de Roma, que don Pedro, de los mismos

dientes nos arrancaba en lo mejor
del algazara!...

Este respeto para con las religiosas, estaba también unido al respeto para con Roma. No tenía el espíritu de destrucción, y además el mágico encanto de la "Urbe Eterna" le inspiraba movimientos e ideas diversas de las formadas en el ánimo de sus soldados, desenfrenados en la satisfacción de sus instintos bestiales.

Así el poeta hace decir al héroe:

Diversa
y ardua fué mi fortuna. Yo he tenido
de hinojos a mis pies a Roma... pero
la Ciudad de los Césares antiguos
nunca yo conquisté. La que es eterna
me desarmó con su potente hechizo.
Agigantado por las siete espléndidas
colinas se quedó después mi espíritu
a todo ideal divinamente firme,
y abierto a la altivez y al heroísmo.

Son ésos entre los versos más hermosos y de los conceptos más bellos de todo el drama. El poeta puede y debe hacer vivir en el alma de sus personajes una vida alta y pura, con energía creadora. ¿Puede, Pedro de Valdivia, que no quiso el saqueo y el estupor, no haber pensado así? El historiador crítico responderá con facilidad y escepticismo o indiferencia; el poeta ve, siente, crea.

Y José Guerra, buen italiano y amigo de Chile, encariñado con la tierra cuya hija, entre las mejores, desposó, no podía no unir en la gloria a Roma la Eterna y a este extremo rincón de vida civil, cuyo primer lejano origen es Roma de quien, al través de España, obtuvo la lengua y la fe.

Y antes de acabar esta nota mía, quiero recordar al lector italiano los méritos de José Guerra como poeta civil. Descendiente del último Intendente Borbónico de Foggia, escribió en 1911 para la empresa líbica esos inspirados versos:

Italia, en esta sed de lucha cruenta
muerto el temor, la indecisión vencida,
alto ideal tu corazón sustenta:

no llegue la hora, en el dolor sumida,
en que las madres, con amargo llanto
de sus hijos reclámente la vida.

¿Oyes? sufren tranquilas su quebranto
y el eco que a ti llega entristecido
más que doliente adiós, es dulce canto.

Como cuando al altar un ser querido
de amor su ensueño a realizar se llega
y todo es fiesta en el jardín florido

de la dichosa casa solariega,
para acallar el corazón que llora,
Ella sonríe... y canta... y hasta juega.

¿Volverá acaso el hijo que Ella adora
a su regazo, cuando el cierzo helado
ofusque el rosícler de aquesta aurora?

En el fulgor de un cielo nacarado
que enciende de esperanzas la tristeza
de gloria el porvenir se ha iluminado.

¡Las madres son, oh Italia, tu grandeza!

"Amor de mujer es siempre amor de madre". El eterno femenino materno revive en el drama de Guerra como en esos versos patrióticos, porque su alma es profundamente cristiana. Y, como poeta, es fiel a su fe. Ese es su más grande, e intrínseco valor. Y la civilización necesita tanto del verdadero cristianismo.

Acabo de escribir este prefacio, teniendo desde mi aposento, el espectáculo del siempre verde "Cerro Santa Lucía" corazón de Santiago, primera piedra de su gloriosa fundación. Pienso que, cuatro siglos hace, una mujer tuvo el valor de ensangrentarse las manos en un momento de lucha desesperada. Fué por fe, por amor, por sed de conquista, por ley del destino histórico. Sin su gesto esta tierra no se hallaría hoy en manos de nuestra civilización, esa civilización de la cual todo viene y a la cual todo volverá.

Santiago de Chile, Agosto de 1939.

HUGO GALLO

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

LOS EPISODIOS

PERSONAJES DEL DRAMA

Inés de Suárez
Mercedes
Pedro de Valdivia
Don Rodrigo González Marmolejo, capellán
Don Enrique de Abalos
Don Felipe Machuca
Don Francisco Unduaga
Don Rodrigo de Quiroga
Don Alonso Beltrán, después: Capitán
Alvar Gómez
Pedro Gómez de don Benito
Francisco de Villagra
Alonso de Monroy
Bernal Martínez
Luis de Cartagena
Hernán Vallejo
Luis de Toledo
Pedro Miranda
Antonio Zapata
Pero Haro de Hoz
Diego de Guzmán
Juan de Guzmán
Antonio de Ulloa
Diego López de Avalos
Juan Jiménez
Bartolomé Díaz
Santiago de Azoca
Tres jóvenes militares
Gonzalo
Un capitán
Un graduado
Caballeros, Capitanes, Soldados
Indios

PRIMER EPISODIO

EL INICIO

En casa de don Pedro de Valdivia.

En la ciudad del Cuzco.

Sala espaciosa con puerta al centro del foro y ventana a la izquierda.

Por el lado de la ventana una mesa y asientos de madera.

A la derecha otra mesa más pequeña, sobre la cual hay armas varias.

Está muy adelantada la tarde y hacia el final del episodio será de noche.

Nota.—Las indicaciones de **derecha e izquierda** se entenderán siempre mirando desde el foro.

PRIMER EPISODIO

Escena primera

(*Abierta la escena, entra doña Inés seguida por caballeros y gente de armas*).

Doña Inés

Ruego a vuesas mercedes que un instante
aquí lo esperen, porque de regreso
estará mi Señor dentro de poco.
Lo buscó, sin hallarlo, en su aposento
hoy Francisco Martínez, de mañana,
y lo dejó citado más o menos
para la hora de sexta.

Don Enrique de Abalos

(*Mirándola de reojo, pero como no queriendo que ella se dé cuenta*).

Bien.

(*Doña Inés sale. El grupo se divide en dos. Don Felipe Machuca y Luis de Cartagena van a la derecha y se entretienen en observar las armas: los otros a la izquierda y se sientan o quedan de pie, haciendo corro a don Enrique de Abalos*).

Bernal Martínez

¿Y vos,

don Enrique, no estáis talvez de acuerdo
en que haya que contar con la fortuna
para llevar a cabo el arduo intento?...

Don Enrique de Abalos

(*Presuntuoso*).

¡Oh!... la ambición maligna en la profunda
sima que se cavó para su anhelo,
suele precipitar a quien la tuvo
por única señora. Hoy el estrépito
del fracaso de Almagro, ha rodeado
la audaz conquista más de un son de miedo,
que de un afán de penetrar lo ignoto;
y el rostro del pavor, que es siempre fiero,
muy mal se presta para ser hechizo
de sirena. Son pocos los guerreros
que unir su suerte quieren a Valdivia,
si bien crea él contar con el despecho
de tantos enemigos de Pizarro
que hoy, en el Cuzco, sin honor dispersos,
ni pueden respirar con libertad.

(*Continúan en voz baja*).

Don Felipe Machuca

(*Mostrando al compañero las armas*).

¡Qué colección de armas!... De don Pedro
son el orgullo y prez. Y en mí, más de una
evoca el buen sabor de algún recuerdo
ya lejano, pues quiso la fortuna
nuestras armas unir y nuestro afecto
en lides y en hazañas, muchas veces.

Luis de Cartagena

(*Tomando un espadín*).

¡Primoroso juguete!... Ante un espléndido

semblante de mujer guardinfantada,
parece provocar acatamiento
con una inclinación ceremoniosa
de protocolo.

Don Felipe Machuca

(*Toma el espadín de las manos de Cartagena, lo desenvaina y lo observa como experto*).

Toledano acero...
el más sutil, flexible, resistente
y leve al par; mas traicionero beso
que mata cuando hiere.

(*Continúan en voz baja*).

Hernán Vallejo

Errante vaga
el que de Almagro fué sumiso ejército,
y su ambición no es otra, ciertamente,
que fortuna tentar con quien, al menos,
un rayo de esperanza le prometa.

Bernal Martínez

Con su furia implacable lleva el viento
mil gritos pavorosos de tormenta
a las aves que, ocultas, tienen miedo
al señuelo, a la jaula y a la liga.

Luis de Toledo

¡Oh!... vale más seguir el loco juego
de la suerte por tierras alejadas,
si aquí la muerte con sarcasmo fiero,
sonríe desde la horca.

Don Enrique de Abalos

Cuando mira
el olivo lucir su flor, ingenuo,
sueña el mortal con la cosecha pingüe.
Prepara odres y tamices; pero
llega la noche... ¡y el candil sin lumbre!...
Nunca fué la esperanza un guía experto.

Hernán Vallejo

Y don Pedro desprecia una fortuna,
empeñado en correr tras vano sueño
de conquista. Riquísima prebenda
de gran Comendador tiene él de cierto
con la cuantiosa renta de su mina,
que anualmente le da — y no exagero —
doscientos mil sonantes castellanos
de oro.

Bernal Martínez

¡Pardiez, que es un bocado espléndido
de virrey!

Don Enrique de Abalos

Mas, el sueño de grandeza
que día y noche le atormenta el pecho
y roba el corazón, bien le valdrá
por todo lo que él deja con desprecio.

Pedro Miranda

Credulidad... lejanas nubecillas
efímeras y blancas en el cielo...
una ilusión fugaz que el sol le brinda,
para juguete, al viento... Audaz y artero
con extrañas demandas, envidioso,
Pero Haro de Hoz, de España vuelto,
en la presa clavó la garra pérfida,

que no vuelve a soltar jamás aquello
que cogió.

(*Siguen en voz baja*).

Luis de Cartagena

(*A don Felipe Machuca*).

Con don Pedro de Valdivia
¿no vais a la aventura que, de riesgo
llena, muestra su faz halagadora?...

Don Felipe Machuca

Por largo tiempo fiel, ahora no puedo
seguir su estrella. Un mal atroz me cerca
y sin piedad tortúrame los miembros,
como a los parricidas el verdugo
antes de darles muerte.

Luis de Cartagena

No es, por cierto
grata la semejanza.

Don Felipe Machuca

Sin embargo,
es justa, y más cabal otra no encuentro.

(*Con entusiasmo*).

Pues bien: con él irá toda mi alma
siguiéndole, (ya que no puede el cuerpo)
sintiéndose orgullosa de sus bríos.

(*Siguen en voz baja*).

Antonio Zapata

(*A don Enrique de Abalos*).

Mas... ¿y el marqués Pizarro?...

Don Enrique de Abalos

Yo no veo
lo que pueda él hacer... El otro tiene
los rescriptos y cédulas de Nuestro
Augusto Emperador...

Don Francisco Unduaga

(*Con falsa devoción*).

A quien bendiga
y guarde Dios...

Don Enrique de Abalos

(*Como si no se le hubiese interrumpido*).

Y amigos bien dispuestos
en la Corte, que cuando le convenga
harán que ponga buena cara el tiempo.

Hernán Vallejo

Es francamente extraña una fortuna
tan pingüe y rápida. El hombre, empero,
no vale mucho.

Don Enrique de Abalos

Mas le sobra astucia...
y el rescate del Inca muy bien puesto
lo dejó. Disponiendo de tijeras
y de paño, cortarse pudo, al menos
doblada parte, que hábilmente supo
gastar en óptimos negocios luego,
usando de la intriga con mujeres
y cortesanos.

Luis de Toledo

De este mundo avieso
divinidad magnífica fué siempre
la bolsa bien repleta de dinero:
viento que arrasa; llama que destruye;
arma que mata; raro amor de hielo
que a escondidas se ablanda y abrir suele
los más puros y esquivos aposentos.

Don Francisco Unduaga

(*Hipócritamente amonestador*).

Toda conciencia, si se ve guiada
por el fulgor del oro y un consejo
sagaz, súbitamente se dispone
a defenderse y a poner su empeño
en ver triunfante a la verdad entera...

Hernán Vallejo

En todas partes un subido precio
tiene siempre la célica sonrisa
en una boca hermosa, cuando a tiempo
acierta a susurrar una palabra
que nuevas rutas abre.

Bernal Martínez

Mas no el medio
importa colocar en la balanza
para medida exacta. Lo primero
es el fin, que este mundo es un mercado
y vida es el placer... Son tus deseos
los que valor le dan a tus doblones.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA SANTIAGO DE CHILE

Pedro Miranda

(*Como soñando cosas lejanas*).

Nada se hace en la Corte sin dinero.

Infantas de romance, las mujeres
se adornan con ropajes tan espléndidos
y tan preciosas joyas, que es muy poco,
para caerles bien, todo el acervo
de tus haberes.

(*Una pausa*).

Primorosas vestes
de brocado; unos linos que los dedos
del prodigio forjaron con los rayos
de la luna; encajes los más bellos
de Flandes; pedrerías las más raras
ostentan los collares en los pechos...
y al ver los mantos, de oro y plata pura
recamados, parece ver un cielo
con estrellas que plácidas rutilan
en los dulces nocturnos abrileños.

Don Enrique de Abalos

(*Interrumpe sarcástico*).

Recuerdo tristemente vano ahora
para un disipador entendimiento.

Bernal Martínez

(*En son de burla*).

Las de los chambelanes anchas bragas
son del más fino y suave terciopelo,
muy distinto, por cierto, de este áspero
cuero velludo que llevamos puesto.

Alvaro Gómez

(*Amonestando seriamente*).

El burdo paño el espinazo yergue,
y la cabeza en alto manteniendo
hace mirar al sol de frente a frente.

Mientras más pobre, amigo, eres más dueño
de todo.

(*Siguen en voz baja*).

Luis de Cartagena

(*Toma de la mesa un peto de malla*).

¡Qué labor, qué filigrana
prodigiosa, la malla de este peto!...
Es tan suave al contacto de la mano,
que parece de seda y no de fierro
forjado a prueba de robustos brazos
con recia voluntad y ardor de fuego.
Resistente es la malla; muy bien sigue
del cuerpo los distintos movimientos
y se estrecha bien firme en la defensa
contra cualquier traición o golpe artero
de la muerte.

Don Felipe Machuca

Sin par obra maestra
de la escuela lombarda, hoy, por cierto,
de fama universal, gracias al arte
de sus sabios y anónimos obreros.
Pacientemente duchos en su oficio,
con tal habilidad tratan el hierro,
que más parece un hilo entre las manos
gráciles de hilanderas, desde tiempo
acostumbradas a labor de encaje.

(*Después de una pausa*).

En Italia es el arte un don ingénito
desde su triple mar hasta los montes.

Luis de Cartagena

(*Examinando con atención el peto de malla*).

Ya dió prueba de sí, por lo que veo.
De este lado hay alguna malla suelta
y otras a punto de ceder. En serio
trance de muerte se encontró Valdivia.

Don Felipe Machuca

(*Como recordando*).

Fué golpe audaz, cobarde y traicionero
de un flamenco puñal, que con insidia
creyó llegar al corazón, derecho;
pero que halló, en su contra, duros dientes
para su lengua.

(*Una pausa*).

Con la muerte, el pérfido
pagó su acción infame.

(*Siguen en voz baja*).

Hernán Vallejo

Mas Valdivia...

Don Enrique de Abalos

(*Con un dejo de odio*).

¡Un loco que va dando el trigo bueno
guardado en sus graneros, por el otro
que a su esperanza ofrece, desde lejos,
la insegura cosecha!

Bernal Martínez

Si Pizarro
agradecido le quedó en extremo
por el triunfo cabal de las Salinas,
nunca con lo presente está contento,
y a la de la fortuna inquieta rueda
vuelve otra vez sus locos devaneos.

Hernán Vallejo

(*Con envidia*).

En lugar de gozársela.

Don Enrique de Abalos

(*Retándolo, irónico*).

Cual sabio
estás hablando y obras como un necio.
Fuiste el primero en ofrecer la vida
y tu persona.

Hernán Vallejo

La razón en esto,
mostrándome, al juzgar, otro semblante,
se pone de mi parte por completo.
El juego y las mujeres me aventaron
lo poco que gané con el esfuerzo
de los años... y ahora sólo quédame
la piel para cambiarla por dinero
cualquier día y pasarme así en placeres
la vida.

Bernal Martínez

(*Romántico*).

¡Unico afán y solo objeto
digno de la existencia!...

(*Ríen*).

Luis de Toledo

Sin embargo
la que súbitamente ve en el tiempo,
para su mal, desvanecerse ahora
el largamente acariciado sueño
de vida y de placer, es la doncella.
Que en el Cuzco la deje, al fin, don Pedro
es más que cierto, porque grave carga
fué siempre una mujer para el intrépido
que, en busca de ventura, va por tierras
ignotas y salvajes.

Pedro Miranda

Con su cuerpo
de pantera, ondulante, andar pausado,
y esos hermosos ojos, que dan celos
al sol; con su cintura estrecha y fina,
la pierna bien formada, el pie pequeño,
esa boca que al beso incita, dulce,
y es como el arco de Cupido excelso,
ya tiene doña Inés gracias bastantes
para triunfar. ¡Oh, qué botín soberbio
digno de un real capricho!... Ya es la hora
de que su voluntad ponga en concierto
y escoja entre los hombres que la anhelan
aquél que más merezca su deseo,
y luego lo complazca.

López de Ayala

No es la dama
una mujer cualquiera. Sé, por cierto,
que no le halagan vanas ambiciones
de libertad, ni sueña en devaneos.
Prendada está de ardiente amor, cual una
inocente doncella, de don Pedro.
Todo su corazón le pertenece,

y el tener que dejarlo, es cruel tormento
que le desgarra el alma...

(*Una pausa*)

Inconsolable
llora.

Antonio Zapata

(*Con desprecio*).

Llanto de moza... ¡Oh! Un violento
y rápido chubasco en primavera
que al refrescar el árido terreno,
lo viste de verdura... que serena
el cielo mientras da vigores nuevos
a las plantas, haciendo que la vista
se esparza y se recree con el fresco
reír de la natura.

Don Enrique de Abalos

Llorar suele
por nada una mujer, y al mismo tiempo
se calma y vuelve a sonreír por nada.

(*Una pausa. Después con vanidad*).

Sabia advertencia para el triste pecho
de la que, al ver perdida una esperanza
de amor, vuelva a poner su vista en juego
y escuche atentamente las palabras
para escogerse amante y rico dueño
entre quienes pretenden su belleza.

Hernán Vallejo

(*En son de burla*).

Glotonería de gotoso y viejo
oidor, que de galán perdió memoria.

Dichoso te hallarías en extremo
si dentro de tu boca se cayera
alguna vez... mas ¿qué harías tú teniendo
los dientes ya gastados?...

(*Risas. Abalos, herido por la pulla, no contesta. Machuca y Cartagena se reúnen con los que están a la derecha*).

Palomita
es doña Inés, pero de largo vuelo.
Posada está en la altura, y no la alcanzas
cuando la crees, incauto, a ras del suelo.
La escasa sombra de una rama leve
a tu mirar la oculta, cuando lejos
la sigues con tus ojos.

Don Francisco Unduaga

Agradable
y bella, astuta e inocente a un tiempo,
va tejiéndose un nido primoroso
al abrigo del soplo de los vientos.
Ya de mullidas plumas otra cama
apercibida se tendrá muy presto.

Bernal Martínez

Toda mujer es cortesana siempre.

Don Felipe Machuca

(*Amonestando, severo*).

También tu madre fué mujer. Recuérdalo.

Escena segunda

Doña Inés, Don Pedro de Valdivia. El Capellán Marmolejo y Dichos.

Doña Inés

(*Entra, seguida de tres hombres que llevan unas cuantas corazas que dejan por tierra cerca del sitio donde están las otras armas, saliendo en seguida*).

Don Francisco Martínez las envía.
Son parte de las que él ha prometido.

(*Todos se acercan a mirarlas*).

Don Pedro de Valdivia ya retorna.
Lo viene acompañando don Rodrigo
González Marmolejo, en animada
conversación que acórtale el camino.

Antonio Zapata

Traéis, señora, una estupenda nueva.
Un Capellán es hoy lo más preciso
para que bien liviana la conciencia
quede, antes de emprender viaje larguísimo
que puede resultar eterno.

(*Risas. Entran don Pedro de Valdivia y el Capellán*).

Capellán

Reine
siempre la paz de Dios en vuestro espíritu.

Todos

Y en el vuestro.

Don Pedro de Valdivia

En la grave hora solemne
de venturosa gracia, que propicio
marca en mi vida el tiempo, la presencia
vuestra es señal de buen augurio.

Alvaro Gómez

Miro
una vez más que en vos la cortesía
con vuestro gran valor reconocido,
muy bien se iguala. Vuestro hablar lo dice
claro.

(*Con entusiasmo*).

Con vos por adalid y auxilio,
no habrá sino laureles en la frente.

Don Pedro de Valdivia

(*Con alegría y vanidad*).

Solté ya el dardo, al blanco dirigido,
que en el silencio se escogió mi alma...
¡No volverá!

Don Enrique de Abalos

(*Con sarcasmo*).

A fe mía que es magnífico
el propósito... obscuro, sin embargo,
el resultado. Ofrece algún peligro
la ventura y acaso sea inútil.
Difícil de domar es allí el indio,
paupérrimo el país y por sí solo
no podrá abastecer ni a cien sufridos
hombres de nuestra gente.

(*Como para herir más hondamente el orgullo de Valdivia*).

De esto Almagro
hizo triste experiencia por sí mismo.

Don Pedro de Valdivia

(*Con ímpetu*).

Es un cobarde vil el que su vida
más que su honor supo apreciar, y tímido
no dió a la tierra —cual semilla de héroes—
la sangre de sus miembros entumidos
al ver que para el triunfo le faltaba
fuerza en el brazo y un empuje vivo
en las venas.

(*Abalos se retira, despechado y confundido a un lado de la escena. Después de un momento de silencio, don Pedro continúa hablando, al principio lentamente, después acalorándose poco a poco*).

Cual suele en primavera,
por la fuerza del sol, sus atavíos
a cada cosa devolver natura,
así mi juventud torna a mi espíritu
por este anhelo de lo ignoto en que ardo.

(*Una pausa*).

Inmensa es la esperanza y atrevido
mi ensueño; y es voraz llama el deseo
que antaño me arrancó al estrecho círculo
de mi terruño, allá en mis años mozos.

(*Una pausa*).

Como un milagro humano e inaudito
de portentosa audacia, en mi memoria
y admiración vivía siempre fijo
el episodio aquél de tres heroicas
carabelas, lanzadas al abismo

de la muerte, y que en vez tornar pudieron
bien repletas de raros y riquísimos
tesoros de ultramar. Con el alegre
verdor de primavera, en el tranquilo
silencio de los montes, siempre el viento,
como un eco lejano, ronco aullido
de guerra nos traía. El que de Flandes
llegaba con visiones de heroísmo
o bien de los lombardos campos bélicos,
iba narrando con acento vivo
las de los condotieros más recientes
hazañas, a los jóvenes de espíritu
bizarro y soñador... Forjé con llama
de intrepidez mi corazón altivo.

(*Una pausa*).

Laureles peligrosos y batallas,
las armas y los triunfos, y escondidos
tesoros, mi ilusión alimentaron.
Soñé con las doncellas de ojos tímidos,
raptadas en veloces alazanes
en medio del asalto y del excidio
total de las ciudades... con las bellas
y tiernas castellanas, cuyo esquivo
querer tornóse dócil en la cálida
violencia del saqueo... en mi navío,
de un anchuroso piélago surcando
las procelosas ondas, yo me he visto
llegar a nuevas tierras, y en sus senos
la Cruz plantar y el pabellón querido
para gloria de España y gloria mía.

Don Felipe Machuca

(*Con entusiasmo*).

Hermoso alborear que es vaticinio
de la vida de un héroe.

Don Pedro de Valdivia

Diversa
y ardua fué mi fortuna. Yo he tenido
de hinojos a mis pies a Roma... pero
la Ciudad de los Césares antiguos
nunca yo conquisté. La que es eterna
me desarmó con su potente hechizo.
Agigantado por las siete espléndidas
colinas, se quedó después mi espíritu
a todo ideal divinamente firme,
y abierto a la altivez y al heroísmo.

(*Una pausa*).

Ya se va realizando el sueño... El día
que ahora se acerca plácido al tranquilo
descanso de la noche, de una sacra
promesa habrá de ser el gran testigo...
y el sol que con la fuerza de sus rayos,
en su eterno rodar, va tus dominios
ensanchando, hasta ti lleve, oh Castilla,
este solemne juramento mío:

(*Solemnemente*).

"A tu real corona de Señora
que domina en el mundo conocido,
he de añadirle, conquistando a Chile
para ti, otro diamante preciosísimo
que allá escondido esplende... o con sangrienta
huella, a tus hijos marcaré el camino
de la meta en los siglos venideros".

Todos

(*Menos Machuca, Abalos y Unduaga*).

El juramento todos suscribimos
como si fuera nuestro.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

Don Pedro de Valdivia

(*Con emoción*).

¡Oh madre España,
de tu gente el eterno distintivo
en este grito está, que aquí vehemente
estalla generoso, los espíritus,
nervios y corazón robusteciendo!...

(*Una pausa*).

Por vuestra lealtad, gracias os rindo,
pues prenda es de victoria, como suele
la alborada, que anuncia el hermosísimo
nacer del sol, en la apacible gracia
matinal.

(*Una pausa*).

Fuera todo miedo indigno
y villanía... A nuestro orgullo bélico
se rendirá el mañana, porque ha sido
la voluntad, no la esperanza sola,
la que bullente sangre, altiva, se hizo
en nuestras venas.

(*Una pausa*).

Pero, oídlo bien:
Miseria, adversidad, lidiar continuo
y muerte es lo que ofrezco en este día.
Para mañana, en vez, botín magnífico
de riqueza que nadie soñar puede
y el lauro eterno de la gloria os brindo.

(*Una pausa*).

Libres sois: escoged...

Todos

(*Menos los indicados*).

Miseria y muerte
si es condición de gloria.

Capellán

Y yo os digo
con eterna verdad que cual las huestes
inflamadas de amor a Jesucristo
sintiéronse llevadas a las playas
de Palestina por virtud del grito
que en Roma resonó, así este vuestro
consentimiento unánime y altivo
bien a las claras manifiesta ahora
que el querer del Señor nos es propicio.

(*Una pausa*).

Revístese de audacia el alma inquieta;
un anhelo inmortal de poderío,
de gloria y de riqueza os quema el pecho;
impacientes, ansiar os hace un vivo
impulso humano la sin par conquista
de tierras muy remotas, donde, míseros,
viven, dispersos, una vida triste,
seres abyectos que jamás han visto
destellos del saber. Mas, recogiendo
el fruto de los épicos designios
vuestros, los va guiando desde el cielo,
para sus fines, Dios. En su mirífico
y eterno plan, con que creó las cosas
dándoles vida, en su inmortal designio,
hasta a las hojas secas que del árbol
arranca el viento, un misterioso instinto
de bien las mueve. En sus paternas manos
es vuestro anhelo, en su querer más íntimo,
la gracia del Señor para el infiel
a quien lleváis la guerra.

(*Una pausa*).

Y ya que vivo
siento en mi ser el hálito de Dios,
me apresuro a evitar todo peligro
de indecisión y os hago la promesa

formal, de unir por siempre mi destino
al vuestro, en la jornada. Oro, riquezas
y tierras buscaréis con sacrificio...
la sangre y el dolor, la muerte acaso
tendréis por recompensa en el camino...
yo, en cambio, os mostraré la salvadora
palabra del amor que en el martirio
del Gólgota fué dicha, para eterna
salvación de las almas.

Don Pedro de Valdivia

Con lo dicho,
ofrecéis una ayuda tan valiosa
de corazón y fe, que ni aun yo mismo
me la soñaba igual. Cualquier obstáculo
que en esta empresa surja de improviso,
nada valdrá si sobre nuestra fuerza
y voluntad, la gracia del Altísimo
nos acompaña.

(*Una pausa*).

Mas, aquella tierra
de ensueño, que a la par del infinito
mar se extiende, y cuyas cumbres blancas
de nieve, fueron muros de granito
para el poder de Almagro, tiene espinas
en los zarzales, y con arte fino
puso puntas agudas en las flechas
que, diestro, sabe disparar el indio.
Y como vuestro corazón magnánimo,
en nuestra compañía, mil peligros
y azares afrontar anhela, antes
vuestra delgada túnica es preciso
que defendáis, cubriéndola de fierro,
y que a mano la espada, siempre al cinto
suspendida, de vos jamás se aparte.
Nadie, antes de la lid se crea invicto.

(*Mostrándole sus armas*).

Bien podéis escoger entre estas mías
que ya saben de gloria y sacrificio.

Capellán

No para herir habré de alzar mi diestra,
sino tan sólo para dar alivio
a las conciencias que, al pecar, perdieron
la paz de Dios. Por lo demás, conmigo
sobre mi corazón yo siempre llevo
un arma, rico talismán divino
que me defiende aun mejor que escudo
o malla, contra el bélico peligro
de gente armada o la perfidia oculta
del corazón humano.

(*Sacando una Cruz de madera que tiene sobre el pecho debajo de la sotana*).

Pues, provisto
de esta sencilla Cruz de leño voy,
y nada puede conturbar mi espíritu
si no es la ofensa a Dios dentro de mi alma.
El puro amor no es gozo: es sacrificio,
y dulce es por la fe cualquier trabajo,
porque el sufrir, entonces, y el martirio,
de eterno resplandor todo lo visten
y déjanlo de gloria florecido.

Alvaro Gómez

Qué diáfana conciencia de perfecto
padre de almas.

(*Una pausa. Todos quedan sumidos en un profundo pensamiento*).

Don Pedro de Valdivia

Ya pasa el tiempo, amigos,
veloz, y está esperándome en su casa

nuestro marqués Pizarro, para hoy mismo
reconocerme el absoluto y pleno
derecho de conquista y de dominio
sobre las tierras que fortuna me abre...

(*Una pausa. Con voz de mando*).

¡Animo, pues!... Que pronto estemos listos
para emprender el viaje.

Capellán

Y Dios nos valga.

(*Sale Valdivia y todos lo siguen con excepción de Abalos y Unduaga*).

Escena tercera

Don Enrique de Abalos—Don Francisco Unduaga—Doña Inés.

Doña Inés

(*Entra no bien quedan solos los dos señores. Se acerca a don Enrique de Abalos. Está nerviosa y casi no puede decidirse a hablar*).

Don Enrique...

Don Enrique de Abalos

(*Tiene un pequeño movimiento de sorpresa y de alegría, y al saludar se inclina con sarcástica cortesía*).

Señora...

Doña Inés

Perdonadme
si os ruego, con exceso de osadía,

permanezcáis aquí sólo un momento
para escucharme.

Don Enrique de Abalos

(*Con amabilidad fingida*).

Es para mí gratísima
orden, cualquier deseo que me exprese
una mujer.

(*En voz baja a don Francisco Unduaga*).

Ya, astuta y precavida,
a levantar el vuelo se prepara
la paloma, y buscando con su vista
la rama en que posarse más segura
para tener con qué vivir, se arrima
a muy buen árbol...

Don Francisco Unduaga

(*Con una sonrisita envidiosa*).

El amor os guíe
a la fortuna y os la dé propicia.

(*Sale*).

Doña Inés

Sólo el dolor es quien me da la fuerza
y a dirigiros la palabra me insta.
Soy una humilde esclava, a quien no es dado
pedir razón o preguntar, sumisa,
más de cuanto el deber puede exigirle;
pero a mi buen señor agradecida,
con sus triunfos se alegra y con sus penas
también llora, en silencio, el alma mía.
Muy temeraria creo yo la empresa
en que empeñado está, por la conquista
de inexploradas y remotas tierras,

don Pedro de Valdivia; pues me avisa
el corazón que en el camino acecha
el peligro de muerte y la perfidia.
¡Ah!... de sólo pensarlo se me parte
el alma...

(*Una pausa. Después como teniendo confianza en el hombre con quien habla*).

Es tan amarga y es tan viva
mi angustia, que mis carnes va mordiendo
como voraz serpiente...

(*Una pausa. Abalos la mira con irónica compasión. Doña Inés tiene los ojos bajos*).

En este día,
decidme una palabra que despierte
la esperanza de ver su apetecida
victoria y su regreso.

(*Una pausa*).

Más que nadie
podéis vos conocer, de la conquista
las varias contingencias, pues de Almagro
amigo fuisteis.

Don Enrique de Abalos

(*Con altanera superioridad*).

Y creí podría
servir de buen consejo y de advertencia
la narración que de su boca misma
oí, muy triste; mas... fué en vano... porque
a don Pedro el orgullo lo domina
y razones no atiende.

(*Una pausa*).

Buscó Almagro
cómo pasar por la montaña altiva,

y a duras penas evitó la muerte
volviendo atrás sus pasos. Hoy Valdivia,
siguiendo el mar, pretende la aventura
repetir... y será la terrorífica
soledad del desierto sin riberas,
tumba fatal del sueño que acaricia.

Doña Inés

(*Con un grito de espanto*).

No permita el Señor que en él se cumpla
una desgracia tal.

Don Enrique de Abalos

Si él desafía
impávido a la muerte, es también justo
que sufra el riesgo y su destino siga,
aquí dejando el bien, del cual no sabe
su corazón gozar...

(*Queriendo congraciarse con doña Inés*).

Luego a porfía,
con nuestro ser abierto a la esperanza,
cogeremos nosotros con delicia
las de la juventud fragantes rosas.

(*Todavía más galán*).

Ninguna turbación, señora, admita
el alma vuestra, pues de nuevo suele
florecer el amor, cuando en la vida
un corazón lo acoge y lo conduce
al bien.

(*Bajando más la voz y acercándose casi a hablarle al oído*).

Que, al fin, se vaya el de Valdivia
¿qué ha de importar, si quien atrás se queda
tiene fornidos brazos con que aprisa
os puede recibir?...

Doña Inés

(*Herida por la injuria*).

No me ha impelido
el corazón, ni la fortuna mía
a reclamaros vuestra ayuda... Siento
que es demasiado audaz y me lastima
el juicio vuestro, y paga mi confianza
al preguntaros, con la ruin perfidia.
Humilde esclava soy...

(*Mirando de frente a don Enrique de Abalos, con mucha dignidad y con desprecio*).

pero mi dueño
es mi señor don Pedro de Valdivia.

Don Enrique de Abalos

(*Al mirarlo doña Inés, baja los ojos y dice con rabia y aparte*).

Es atrayente y bella, al par que loca
y desdeñosamente despectiva.
Mucho mejor será que escupa luego
todo el veneno que la torna arisca,
antes que mi ambición la halle madura...
Por lo demás, sabrá rendirse tímida
a mi deseo y voluntad, cuando ella
deshecho vea el nudo que la unía
a quien en abandono la ha dejado.

(*Vase*).

Escena cuarta

Doña Inés sola.

Mientras ella habla la escena se irá obscureciendo. Pero por la ventana, que está abierta, se propagará la blanda luz de un cielo luminoso de estrellas).

Doña Inés

(*Luego de estar sola, cae sentada en un taburete de madera que está cerca de la ventana, y apoyando los brazos sobre la mesa esconde la cara entre las manos y llora silenciosamente un rato. Después, levantando el rostro dice lentamente*):

¡Oh Virgen santa... mi oración humilde,
de la confianza en las ligeras alas,
llegar no puede a tu celeste solio
que esplende como el sol, porque la mancha
de la culpa la torna grave y tétrica.

(*Una pausa*).

Mas Te hizo Madre, la Divina Gracia,
sin sombra de pecado, y conociste,
llevada de tu Amor, toda la humana
miseria, a fin de que infinita fuese,
cual la de Dios, la compasión que guarda
tu maternal amor.

(*Una pausa*)

Tú bien conoces,
Madre mía, la dicha sobrehumana
y el cruel remordimiento, con los cuales
va lentamente agonizando mi alma.
De mar a mar peregrinando he ido
sola, desde que allá en Nueva Granada
vi muerto al hombre que me había dado
su fe, y me hizo venir desde mi España.

Desamparada en medio de aquel vórtice
que a infelices y débiles arrastra,
bien pude ser de muchos; sin embargo,
fuí de uno solo.

(*Una pausa*).

No caí abrasada
de lujuria, ni un vil deseo vano
me tentó, de una vida libre y plácida:
me conquistó el amor y por él vivo.

(*Una pausa*).

Cúbreme Tú con tu sin par mirada,
y hecha potente mi oración humilde
con el auxilio de tu excelsa gracia,
reciba yo el castigo por mis culpas
todas, con tal que él viva y que la mágica
victoria le sonría.

(*Nuevamente esconde el rostro entre sus manos y llora desesperadamente*).

Escena última

Doña Inés—Pedro de Valdivia.

Don Pedro de Valdivia

(*Entra. Lleva en la mano un pergamino. Doña Inés, casi desvanecida por el mucho llorar no se apercibe de su llegada. Valdivia tranquilamente va a poner sobre la mesita en donde están las armas, el yelmo y la espada. Después, dándose vuelta, ve a doña Inés*).

¡Inés!...

Doña Inés

(*Oyendo su nombre, levanta el rostro y, al ver a don Pedro, de repente se levanta y corre a abrazarlo con pasión*).

¡Pedro!...

Don Pedro de Valdivia

(*Levantándole con la mano la cabeza para mirarla en los ojos*).

¿Lloras?...

Doña Inés

Oh, no... Más bien sonrío ufana
al verme entre tus brazos tan segura.

Don Pedro de Valdivia

(*Desligándose de los brazos de doña Inés, con vanidosa elocuencia*).

Más pura, Inés, debe brotar de tu alma
la alegría, en llegando mi fortuna
a ser completa. Ahora el tiempo acaba
de hacerme realidad lo que antes sólo
me parecía una quimera vana.
Pizarro hoy mismo de su puño y letra
ha firmado la cédula esperada
con que el mando supremo me confiere
de las remotas tierras ignoradas...
¡Oh qué fúlgida esplende de mi vida
esta ambición inmensa!...

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

Doña Inés

(*Lentamente*).

Mientras mi alma
se ensombrece y se llena de amargura...

Don Pedro de Valdivia

(*Buscando ser compasivo*).

Leyendo estoy el miedo en tu mirada:
la cruel separación ya te lastima.

Doña Inés

Sólo me aflijo por la suerte ingrata
que te pueda tocar.

Don Pedro de Valdivia

(*Con énfasis*).

A la victoria
o a la muerte, el Señor guíe mis plantas.

Doña Inés

(*Espantada por las últimas palabras, se echa nuevamente en los brazos de don Pedro, con un grito de espanto*).

¡Pedro!...

(*Pausa muy corta. Ella repite el grito con voz más apagada. Y vibra en su voz la tristeza de la mujer que sabe que nada puede hacer para quitar del peligro al hombre que ama*).

¡Pedro!...

(*Una pausa más larga. Después, como tomando una súbita resolución doña Inés se desliga de los brazos de don Pedro, e irguiéndose con fiereza, dice con voz entera.*

Enfrentar hazme, contigo,
los riesgos de la muerte.

(*Calla un instante. Después vuelve a hablar, en su voz hay un dejo de solicitud maternal*).

A tu almohada
¿quién velará tus noches de descanso
para que el sueño con sus manos blandas
repare tu fatiga?... ¿Quién en horas
de incertidumbre cruel, una esperanza
te encenderá con su sonrisa tierna?...
¡Oh!... llévame contigo en la jornada
para mirar la muerte frente a frente.

(*Don Pedro escucha entre deseoso y preocupado*).

Las piedras quitaré por donde vayas
con mis manos solícitas y atentas,
para hacer más seguras tus pisadas.
Yo de tu corazón iré arrancando
una a una las espinas con mis lágrimas
de amor. Llévame, pues, contigo, Pedro
para mirar la muerte cara a cara.

Don Pedro de Valdivia

(*Como buscando excusa*).

Un largo caminar nunca se avino
con la mujer.

Doña Inés

(*Con pasión*).

La voluntad se agranda
y suple, cuando el cuerpo está cansado.
Y si a rendirme alguna vez llegara
más de lo que mis fuerzas me permiten,
entonces tú socorrerás mi flaca
condición, dándome un descanso breve,
de tu veloz cabalgadura al anca.
Y avanzaremos, en el viento unidos,
tú ensanchando las tierras para España

de tu caballo al paso... y yo, de vida
y de sol y de amor enajenada,
ciñendo con mis brazos tus membrudas
espaldas de varón... Deja que vaya,
Pedro, bien junta a ti... Contigo llévame
para mirar la muerte cara a cara.

Don Pedro de Valdivia

(*Egoísta e indeciso*).

Abierto el mundo está para el que solo
avanza, y su penar jamás rebasa
en otro corazón. Pero es más triste
abrirse paso cuando son dos almas.

Doña Inés

¡No!... Corazón a corazón la pena
se hace más leve.

(*Silencio largo. Después doña Inés, llevando a don Pedro a la ventana, y mostrándole el cielo, dice*):

Mira... allá lejana
surgiendo está una estrella que titila
con su más viva luz, cual si alumbrara
señalando a tu afán la ignota senda.
Es una estrella con fulgor de plata
en el azul de un cielo puro y terso,
orlado de amplitud cual la esperanza.
Une a esos dos colores, el sangriento
de un corazón que con tu amor se abrasa
en llama viva y así habrás formado,
en ondeante tricolor, tu mágica
bandera de conquista.

Don Pedro de Valdivia

(*Abandonándose por fin al amor que le envuelve toda el alma*).

¡Qué animoso
tu hablar! ¡Cuánta dulzura en tus palabras!...
¡Cómo fascinas!... Resplandor de gloria
irradian tus pupilas y una gracia
que es ansia de vivir y me remoza
el alma entera... Estás transfigurada...
Así he soñado siempre mi victoria...
Inés... Inés... mi dueña y no mi esclava:
es la temeridad la que me empuja
a la ventura, mientras todo es calma
en tu interior... A ti no te lastima
el orgullo, ni roe tus entrañas
la sierpe de la envidia, que ambiciona
el ajeno poder... A ti ¿qué mágica
deidad te guía?... ¿Quién dió tanta fuerza
a tu ser?... ¿Quién tal ardimiento en tu alma
y tanto anhelo enciende?...

Doña Inés

(*Echándose en sus brazos*).

¡El Amor!...

Fin del primer episodio.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
CHILENA
M.I.E.

SEGUNDO EPISODIO

LA TRAICION

Campamento en el desierto de Atacama la Chica.

A la derecha, por el largo de una tercera parte de la escena, la tienda de don Pedro de Valdivia.

Al fondo, llanura desierta y en la lejanía montañas.

La tienda de don Pedro de Valdivia, y todo el campamento, que se imagina le está detrás, estará como en un valle, así que la parte izquierda de la escena, hacia el fondo, estará en subida.

Es hora avanzada de la tarde y poco a poco, la luz del día irá disminuyendo hasta que se haga de noche en acabando la quinta escena.

Pero desde esta escena irá apareciendo la luz de la luna, luz que se proyectará desde el fondo.

Hacia el final del episodio estará alboreando.

SEGUNDO EPISODIO

Escena primera

Varios soldados.

(*A la derecha, mirando desde el foro, la tienda de don Pedro de Valdivia. El paño que cubre la entrada estará plegado formando esquina hacia la parte alta de la derecha, y al través de lo que queda descubierto, se verán por el suelo, una sobre otra algunas pieles que una india va arreglando como para formar una cama. A poco de alzarse el telón la india abandonará la tienda y se dirigirá al interior por la derecha. En la escena, a la izquierda y hacia el foro, algunos soldados, parte sentados en el suelo y parte en pie, están jugando al naipe. A la derecha, en primer término y casi al borde del proscenio, cuatro soldados juegan a los dados*).

1.er soldado

(*Tiene banca y va cantando las cartas al sacarlas*).

Un siete rojo... un cuatro... un rey...

2.o soldado

(*Con burlesca admiración*).

¡Magnífico!...

ropaje negro, flaco y con el ceño
bien fruncido...

3.er soldado

(*Como si cuanto ha dicho su compañero le hubiera indicado el reino*).

Monarca de Navarra.

1.er soldado

Sobre este hombre a caballo ¿quién el juego
empieza?...

2.o soldado

Infiel y moro, lo protege
el mismo Belcebú desde el infierno.

1.er soldado

Una reina.

4.o soldado

(*Tomando la carta entre las manos y en tono de burla*).

Muy pálida, angustiada
y de lejana tierra... ¿qué deshecho
encanto la hace suspirar?...

5.o soldado

(*Echa los dados*).

Dos treses...
y dos cinco...

4.o soldado

Mujer, en todo tiempo
fué la suerte: se escapa más y más
mientras más la persigue tu deseo.

1.er soldado

Una sota de rostro como grana
por la bullente sangre que un intenso
amor le enciende.

3.er soldado

¿No será vergüenza?...

7.o soldado

(*Echando los dados*).

Doble de tres... dos seis...

8.o soldado

(*Echa los dados y los recoge con ligereza*).

De cuatro, un terno.

5.o soldado

(*Con cólera*).

Le has dado vuelta con la mano, adrede.
A fe que había un cinco aquí entre medio.

6.o soldado

(*Haciéndose el ofendido*).

Y la mentira de tu faz inmunda,
¡cerdo asqueroso!...

5.o soldado

Mi ojo es tan certero,
que no lo engaña nadie fácilmente,
y las orejas — si a cogerte llego —
te cortaré, y cual presa a los mastines
las daré; no merecen otro entierro!...

1.er soldado

¿Nadie quiere tentar la buena suerte?...
¿o será que mis rudos compañeros
se han tornado doncellas temerosas
incapaces de hacerle frente al juego?...
No es la prudencia prenda en nuestra vida,
sino el azar, la audacia, y el denuedo
que ahuyenta los dolores y la muerte.

2.o soldado

(*Decidiéndose*).

Sobre la reina apunto.

4.o soldado

(*Siguiendo el ejemplo*).

Yo prefiero
la sota por amigo, en mi desgracia.

5.o soldado

(*Echando los dados*).

Tú vuelves a perder.

6.o soldado

(*Chanceándose*).

Agrégale esto
a lo que ya te debo.

5.o soldado

Más a cuenta
me saldría llevar, con todo esmero,
la lista de tus múltiples pecados,
con que tan negra tu conciencia veo.
Tanto... no pagas tú... De noche a día

dura en ti, cuando más, todo recuerdo
de tus deudas.

6.o soldado

No falla la memoria,
ni es que la voluntad flaquee en esto,
ni es avara la bolsa. Los doblones
faltan... De su tesoro, ya don Pedro
dió buena cuenta y no ha podido aún
los bolsillos llenar de sus famélicos
soldados.

5.o soldado

¿Tanto afán esto te causa?...
De cualquier cosa sacas un pretexto
para nunca cumplir.

6.o soldado

Paciencia... Un día
ha de llegar a ser todo esto cierto.

5.o soldado

¿Y si revientas tú?...

6.o soldado

Mejor, entònces,
podrás pagarte de tu cuenta. Pienso
que de sobra tendrás con una parte
de lo que dejaré después de muerto,
a la voracidad de los que esperan
mi herencia recibir...

(*Calla un momento como saboreando su broma*).

Tengo, allá lejos,
en Cataluña, una mujer preciosa

bisoja y bigotuda. Fuera de eso,
de tanto hablar se va tornando vieja
más de cuanto llegó a serlo en cumpliendo
los veinte años. En pago de mis deudas
la dejaré... y un sitio en el infierno,
cerca de mí, te guardaré además
mullido y bien templado, cual tu genio
se lo merece.

(*Ríe*).

5.o soldado

Acepto lo que dices
del infierno, mas cárgate tú el peso
de tu mujer, en vida y en la muerte.

(*Ríe. Los soldados que juegan a los dados, terminan su juego y se reúnen con quienes juegan al naipe*).

1.er soldado

Reina dobla... la sota pierde el juego.

4.o soldado

(*Al segundo*).

Hoy la fortuna pródiga te abraza
desvergonzada y locamente.

2.o soldado

Pero
cuando ya el alma ni siquiera alienta
una esperanza, en el dorado sueño
de mejorar su suerte.

3.er soldado

Todo falta...

1.er soldado

Y en la espera, el morir ríe contento.

Escena segunda

Don Alonso Beltrán.—Tres militares jóvenes, y dichos.

Don Alonso Beltrán

(*Entra don Alonso Beltrán con los militares, por la izquierda del foro*).

Largo el camino, peligroso y duro...
Es menos belicoso el indio... pero
más precavido.

1.er joven

Aquí llegamos para
buscar la guerra cruel, y no el ligero
menester de galán...

3.er joven

La lucha es vida.
Hostigada la sangre por el riesgo,
y convertida por la audacia en viva
llamarada, con raudo golpeteo
va por las venas circulando, y junta
todas las fuerzas en un solo anhelo
que se enclava en el alma: la victoria.

2.o joven

Cuando supimos de este viaje vuestro
hacia el arcano de las nuevas tierras,
vinimos a buscaros, no sirviéndonos
de guía, sino los ánimos de nuestra
mocedad, siempre en brazos del deseo.

1.er joven

Mas, ociosa, muy pronto se enmohece
en su vaina la espada, pues, no hay medio
de relucirla al sol con que florezcan

las purpurinas rosas y el eterno
verdor de los laureles.

2.o joven

Nunca ataca
el enemigo.

Don Alonso Beltrán

Lo cual es, por cierto
sagacísima táctica de guerra,
que constituye el principal tropiezo
para el avance nuestro. Se marchita
y malogra, del trigo el grano bueno
no por la tempestad, sino más bien
por la densa neblina gris de un tiempo
cerrado y hosco. Y no hay peor noche
para que se guarezca el gran misterio
del humano vivir y de la muerte,
como el hostil y pérfido silencio
de tumba que, sagaz, el enemigo
guarda.

(*Una pausa*).

Sabe esconder el oro a tiempo
y arrasa su cosecha, aniquilando
así nuestro impaciente y vivo anhelo
de un rápido avanzar y entretanto
va nuestra gente su vigor perdiendo
inútilmente.

1.er joven

Sí. Pero Valdivia
no cesa de lanzar sus bravos perros
al pillaje, por campos y poblados.

Don Alonso Beltrán

Mas ninguno, o muy poco es el provecho
sacado de esas diarias correrías.

1.er joven

Es vil tirano el vientre, porque lleno
es causa de molestia, y te atormenta
si llega a estar vacío. Y es tan pérfido
que a cualquier ideal torna inestable
la conciencia de aquél que por su dueño
le reconoce.

2.o joven

Y por maniobra ciega
del hambre, se diluye en un momento
la claridad radiosa en que se envuelve
la aventura.

Don Alonso Beltrán

Se abate por entero
el pusilánime en la suerte adversa;
mas muere o triunfa el corazón intrépido
que en su alma y en su fe funda, orgulloso,
la razón de su fuerza...
Hoy un empeño
amoroso a la vez que inconmovible,
a la gloria nos lanza con apremio...
Su brazo a la fortuna dió Valdivia,
y doña Inés su corazón de fuego.

(*Una pausa*).

Nos pareció la resignada sierva
del íntimo placer, en el silencio
de su señor sellada... y es, en cambio,
la mujer fuerte que famosa han hecho
el tiempo y además las circunstancias.

(*Una pausa*).

En un principio, nada... pero luego
ella fué todo: en el peligro, ayuda;
consejera cabal en los momentos
de incertidumbre; capitana experta

que acude con presteza do el suceso
lo requiere; amplio corazón de madre
cuando una pena nos lacera el pecho;
dulce mirar envuelto en luz de gracia
para el cautivo...

2.o joven

(*Interrumpiendo con ironía*).

y resplandor de cielo
para tu alma.

1.er joven

El amor sonríe plácido
detrás de tanto elogio.

Don Alonso Beltrán

(*Con entusiasmo*).

No es ensueño,
ni anhelo, ni un ardor voluptuoso,
traidoramente torpe lo que siento
y me atormenta. Como un hijo amante
la quiero yo, porque me dió de nuevo,
su corazón de madre, nueva vida.

(*Largo silencio. Al proseguir don Alonso, los tres jóvenes lo miran con ironía al principio, y poco a poco con viva admiración*).

Era el temprano amanecer funesto
de un torvo día, antes que vosotros
llegárais. De improviso y con denuedo,
hosco tropel salvaje de enemigos
nos atacó. Con ímpetu y resueltos
nos lanzamos entonces a la lucha
en un paraje que por ser incierto,
nos hacía insegura la defensa.

En el furioso combatir envuelto,
me adelanté yo tanto, que de pronto
herido caigo, de mi gente lejos
y do la indiada indómita en más número
se debatía.
De mi herida, siento
salir la sangre con violencia, y cae
en lasitud mortal todo mi cuerpo.
Después me pareció que, lentamente,
de mi pecho brotaba ya el aliento
postrero de mi vida, por el mismo
camino de dolor, recién abierto
por el hierro traidor... y el débil ritmo
del corazón me daba por momentos
una infinita sensación de muerte.

(*Una pausa*).

Para esperar socorro, todo medio
era imposible, siendo numeroso
el enemigo.

(*Una pausa*).

De repente, siento
hinchárseme las venas con un golpe
de sangre hirviente, que llegaba al pecho
como una rauda evocación de vida.
¡Ah!... de chupar la carne de mi cuerpo
cesado había ya la del vampiro
insaciable boca...
Abrí, repuesto
un tanto, mis cansados ojos... y hallo
junto a mí a doña Inés que, en un portento
de sobrehumana audacia, de rodillas
está y semeja al ángel del consuelo
en su piadoso afán de socorrerme.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

(*Se produce un silencio ocupado por la emoción. Súbitamente se oyen gritos desde el interior. Al oírlos casi todos los soldados corren adentro y quedan en escena sólo el primero, el cuarto y el sexto*).

1.er joven

¿Y este grito tan súbito?...

(*Después de un momento de silencio, durante el cual escucha como para enterarse de cuanto sucede*).

El regreso,
tal vez de quienes, al rayar el alba,
salieron a la caza de alimentos
y de noticias.

3.er joven

Ronco y bien amargo
es el gritar que los recibe.

Don Alonso Beltrán

Pero
mucho más triste el día que declina...

(*Salen don Alonso Beltrán y los jóvenes*).

Escena tercera

Los tres soldados.—Luego Diego de Guzmán.

(*Desde la izquierda, mirando del foro, una india atraviesa la escena y se dirige a la tienda de don Pedro de Valdivia, llevando sobre la cabeza un cántaro de agua. El primer soldado la detiene y le pide de beber*).

1.er soldado

Agua...

(*La india se detiene y, quitando el cántaro de la cabeza, se lo acerca al soldado. Este ávidamente bebe un sorbo y con ademán de disgusto devuelve inmediatamente el cántaro*).

Mas, éste es fuego...

(*La india vuelve a tomar el cántaro y entra en la tienda, depositándolo cerca de la cama que está a la vista. Luego después sale y se aleja por la derecha*).

6.o soldado

¡Bah... mejor!...
Así a tus fauces sucias y quemadas
de contumaz beodo, un aguardiente
fino parecerá.

1.er soldado

Por más amarga
que me parezca, es óptima la pulla,
porque si en este duro trance se halla
mi vida, y sin honor me pierdo, es sólo
por el vino.

4.o soldado

Si fué tu suerte mala
cuando aferrar quisiste la fortuna,
no eches la culpa al vino. Al viento abraza
quien demasiado intenta, cuando tiene
inteligencia estrecha.

6.o soldado

Es cosa mágica
el vino puro que desciende suave
por las entrañas tuyas y te embriaga.
Líquida lumbre; llama de rubí;

centellear de estrellas; una extraña
fuerza de sol y misterioso filtro
que hizo inmortal la tierra con la dádiva
de su pujanza toda. A tu sufrir
incesante, el olvido te regala;
en tus venas despierta la alegría;
en tu imaginación, el panorama
te pinta del poder, de la belleza,
de la felicidad y gloria humana,
cual si tú fueras príncipe o magnate
y de una primavera a la alborada,
tuvieras a cualquier placer rendidas
a todas las mujeres.

1.er soldado

Pero el agua
no es vino... y enflaquece.

4.o soldado

Al contrario.
Ella te vuelve túrgida la panza
como un odre caprino que, en Agosto,
a lomo de asno balanceando baja
de casa en casa al valle, por los amplios
y abrasados caminos de la patria,
trayéndote consigo gracia fresca
de una fresca vertiente de montaña.

1.er soldado

Perdidos sin remedio en este infierno,
es doloroso este recuerdo al alma.

(Un largo silencio doloroso. Entra Diego de Guzmán. Tiene una mirada garduña; es flaco y amarillento. Mira siempre alrededor como espiando y con miedo de que lo espíen).

Diego de Guzmán

Habrá que retorcerla todavía,
para que aún se acorte más, la amarra
que rodea el estómago vacío
contra el zarpazo cruel del hambre.

(*Llama junto a sí a los tres soldados y les habla casi al oído*).

Magra
cual nunca, es hoy la presa, acá traída
por los nuestros que fueron a buscarla.

1.er soldado

Y así, para un martirio prolongado,
nos mece la Mellada con más calma
el ataúd.

4.o soldado

¡Cuánto mejor sería
un apretón feroz en la garganta
que nos cortara el hálito al momento!...

6.o soldado

Harto crédulos fuimos. Demasiada
fe concedimos a la voz aquella
que nos llenaba el ánimo de audacia
y el corazón, de un inmortal anhelo.
Fuerza es ahora soportar en calma
la cruda mofa del destino ingrato
que nos conduce donde más lo sacia
la desventura nuestra.

Diego de Guzmán

Este abatirse
es desmedrada condición de flaca

mujerzuela. Burlarse sabe el hombre
del mismo Satanás, cuando a sus ganas
quiere amoldar su vida.

(*En voz más queda*).

Y de esto, sólo
don Pedro de Valdivia es el que carga
con la culpa. Empujado por el sueño
de una conquista estéril, le hace falta
cabeza y corazón, y así nos lleva
a la desgracia de una muerte trágica.

(*Una pausa*).

Ya no puede cumplir lo prometido:
ni gente, ni dinero, ni vituallas
tiene; se ve obligado a reclutar
a cualquier vagabundo, de cuya alma
huyó todo ideal y en quien, de vida
no hay esperanza alguna. Como falta
todo, se vive de rapiña; pero
no siempre es cosa fácil practicarla
si bien la gana es mucha.

(*Después de haber escudriñado en torno*).

Lo que importa
es levantarnos, de una vez, en armas
y otro jefe buscar que al fin nos saque
del pantano.

1.er soldado

La idea es acertada.

6.o soldado

Pero es preciso hallar, primero, al hombre
que sepa hacerlo bien, lleno de audacia
y con brillante habilidad de mando.

Diego de Guzmán

(*Como el que sabe y no se atreve a decir*).

Antes tal vez que el astro-rey, de diáfana
claridad, vista nuevamente al mundo,
aquí estará el guerrero, cuya espada
salvará nuestras vidas, realizando
el sueño de conquista.

4.o soldado

¡Ilusión vana!...
Contra el destino adverso, voluntad,
fuerza del hombre, cálculo o el ansia,
son como tiernas hojas de un arbusto
nuevo, que el tornadizo viento halla
levísimas y dóciles.

(*Pausa*).

De tanto
esperar, ¡ay! perdimos la jugada.

6.o soldado

Más vale regresar allá de donde
hemos salido. Ni la horrible Parca
resultará peor que aqueste estúpido
vagabundear por unas tierras áridas
y yermas, tras la noche de lo ignoto.

Escena cuarta

Pedro Gómez de don Benito.—Don Alonso Beltrán. — Un capitán. — Los tres militares jóvenes.—Dichos.

(*Diego de Guzmán, junto con entrar los nuevos personajes, se desliza cautelosamente para no ser visto*).

Pedro Gómez de don Benito

(*Dando a entender que al entrar oyó las palabras del soldado*).

Vete no más para que así te caigas
de cabeza en los brazos tan solícitos,
seguros y altos del verdugo, que anda
impaciente de ti, y allá te tiene
una postrer caricia reservada.
Conoces ya el camino... y si te pierdes,
cualquier día hallaremos tus pisadas
en el dédalo obscuro de las tripas
de la asquerosa y abultada panza
de un indio.

Un capitán

(*Entre bromeando y colérico*).

Mira que es de fuego el dardo
que contra un súbdito indefenso largas.
Y la burla también a mí me hiere,
puesto que él a mis órdenes se halla,
y ha venido siguiendo mi fortuna.

Pedro Gómez de don Benito

(*En el mismo tono*).

Guárdala bien y que provecho te haga.
No es más que un soldadillo para burla
si ante el sufrir, al punto se acobarda.

Un capitán

(*Como antes*).

El señor de Valdivia, no ofreciendo
para luchar ningún contrario, mata
todo entusiasmo.

(*Sonriendo con intención*).

Ni tampoco brinda
un buen solaz para pasar la calma
que nos enerva.

(*Un silencio. Todos sonríen y él continúa procaz*).

Todo lo contrario.
Mientras nos deja las broncíneas caras
de sórdidas mujeres pestilentes
para el placer que la paciencia alcanza,
él, cual amargo escarnio a nuestra envidia,
hoy tiene para hartarse, bien lozana,
joven y voluptuosa, a su querida
de brazos de marfil, la sola dama
de nuestra tierra que venirse quiso
con nosotros.

Don Alonso Beltrán

(*Furioso, porque el Capitán se ha expresado así de doña Inés*).

Es tu alma emponzoñada
la que vilmente gruñe por tu boca
hedionda.

(*Desenvaina la espada*).

Voto a Dios que yo en tu cara
marcaré la ruindad de tu lenguaje.

Un capitán

(*Hace él otro tanto, irónico y despreciativo*).

O harás más bien que el corazón te parta
con alegría, y quede al descubierto
así todo el amor que oculto guardas.

(*Don Alonso ataca con furia. Pero apenas cruzadas las espadas, aparece doña Inés por la izquierda del foro*).

Escena quinta

Doña Inés y dichos.

Doña Inés

(*Con firme voz de mando como quien sabe que será obedecida*).

Don Alonso Beltrán, no ha de empuñar
la diestra mano el pomo de la espada,
sino para el honor de España y sólo
su gloria.

Don Alonso Beltrán

(*Confundido deja caer la espada y no acierta sino a pronunciar una palabra con voz trémula*).

Doña Inés...

Un capitán

(*Envainando la espada y a su vecino en voz baja*).

Así desarma
todo brazo el amor, y a la vez sella
los labios.

Doña Inés

(*Adelantándose*).

Cada vida es necesaria
para salvar las otras, hoy que el indio
rodeándonos está y hosco prepara
una emboscada, al par que amenazante
nos acecha.

(*Una pausa. Don Alonso recoge la espada y la vuelve a su vaina*).

Conciencia asaz villana
y traidora es la que el deber pospone
al necio orgullo.

(*Una pausa*).

Pedro Gómez de don Benito

Requirió la espada
don Alonso Beltrán, no defendiendo
su propio honor sino la buena fama
de otra persona.

(*Don Alonso mira al Maese de Campo con mirada de gratitud*).

Doña Inés

(*Con voz algo conmovida, cual si hubiera intuído la razón de la riña*).

El ala de la noche
ya a nuestros ojos va escondiendo, plácida
y compasiva, de las cosas todas
contorno y forma, mientras siempre sabia,
recoge en nueva fuerza la Natura
el ritmo de la vida.

Pedro Gómez de don Benito

(*Demostrando preocupación*).

Pero hoy tarda
en volver, mucho más que de costumbre,
don Pedro de Valdivia.

Doña Inés

Su tardanza,
empero, no ha de hacer perder su sueño
un solo instante a nuestra gente escuálida
porque si el hambre debilita el cuerpo
y la congoja hace abatirse al alma,
buen alivio y mejor vianda es el sueño.

(*Casi con voz de mando*).

Maese Gómez, dad las necesarias
órdenes ya para la queda. Luego
después volved aquí junto a mi carpa,
para aguardar conmigo, del señor
de Valdivia y su escolta la llegada.

(*El maese de Campo saluda y sale con todos, menos Luis de Toledo*).

Escena sexta

Doña Inés y Luis de Toledo.—Después Gómez de don Benito.

Doña Inés

(*Tras un momento de silencio*).

Luis de Toledo, escúchame un instante.
Cuando partió don Pedro, una lejana
meta se prefijó, y al campamento
de vuelta no estará antes que vaya
la luna en su menguante. Copiosísima
ayuda traerá consigo de armas

y de gente, de trajes, de dinero
y de vituallas. Haz saber mañana
a tus conmilitones cuanto digo,
para que tengan firme la esperanza
de un próximo vivir más apacible.

(*Una pausa. Desde el interior se oyen voces de mando y redobles de tambores*).

Pronto retírate a dormir.

(*Luis de Toledo hace ademán de irse. Doña Inés lo detiene con un gesto*).

Mas, tu alma
ha de quedar en vela, si se cierran
para el descanso tus pupilas grávidas
de sueño, porque el corazón me avisa
que la presente será noche aciaga
de tempestad.

(*Luis de Toledo vase por la derecha y luego vuelve con dos soldados con quienes penetra en la tienda, bajando el paño que hace de puerta. Oyense aún, lejanos y apagados, redobles y voces. Entra el maese de Campo*).

Doña Inés

Maese Gómez, oiga.
No estará ni esta noche, ni mañana,
ni con el sol que sigue, aquí de vuelta
el señor de Valdivia. Lejos se halla
Atacama la Grande, do lo espera
don Francisco de Aguirre con no escasas
provisiones y el válido refuerzo
de las últimas tropas, que salvadas
fueron en el desastre de los Chunchos.

(*Una pausa*).

Y a fin de que su gente, toda en calma
se mantuviera, quiso que ninguno
sino vos solo, de su ausencia larga

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

fuera enterado. Pláceme cumplir
su voluntad, ahora, soberana
y le entrego a la vez todo poder
de mando y de justicia.

Pedro Gómez de don Benito

Su confianza
me compromete. Soy de vuesarced
sumiso siervo. En adelante, nada
sino su voluntad y su consejo
razón será de mi conducta.

Doña Inés

Gracia
muy triste y grave es para mí su entrega
y acatamiento en esta hora aciaga.
Pongo en sus manos esta humilde súplica:
es preciso extremar la vigilancia
más de cuanto al espíritu es posible.
Sumida está en tinieblas toda mi alma
y hay en ella relámpagos de muerte.
No es por mi vida esta inquietud que amarga
todo mi ser. Mas, de pavor me llena
siempre cualquiera cosa o amenaza
que nuestras fuerzas mate o frustrar pueda
las de Valdivia incontenibles ansias
de conquista.

(*Una pausa*).

Ya a ras del campamento
un sordo malestar bate sus alas.
A deshora se escucha el circunspecto
bisbiseo de críticas amargas,
que son seguro indicio de rebeldes
ánimos.

(*Una pausa*).

Haro de Hoz, que su palabra
con mi señor había ya empeñado

en un solemne pacto de ganancia
y riesgo, hasta el presente no ha cumplido
el pacto ni parece tener gana
de cumplirlo. Ofreció montes y mares
si bien sabía no tener ya nada
y exigió demasiado, porque, iluso,
seguro estaba en su soberbia fatua
y en su secreta envidia, haber cogido
de sorpresa a Valdivia.

(*Una pausa*).

Y de su alma
pérfida tengo miedo.

Pedro Gómez de don Benito

Mas, ahora
lejos está... y su maldad no pasa
más allá de no haber cumplido el pacto.

Doña Inés

Pero hay alguien aquí que con mirada
siniestra, en su favor acecha y sólo
para actuar, la ocasión propicia aguarda.

(*Una pausa*).

Fácilmente serpea el fuego y rápido
va deslizándose de mata en mata
por el ya seco césped, que muy pronto
del sol quemó la fuerza... y hecho llama
allá en la altura, al ímpetu del viento,
se abraza de la encina. Tal de un alma
a otra pasa el contagio de la oculta
maldad que, sólo atenta a su ventaja,
aflora de repente y causa ruina.

Pedro Gómez de don Benito

Quite del corazón cualquier amarga
idea, porque no será, señora,

mientras yo vivo esté, jamás tocada
por nadie la fortuna de Valdivia,
mi capitán.

Doña Inés

(*Una pausa. Después, como para terminar la conversación*).

Y ahora con su blanda
mano refuerce el sueño nuestros cuerpos,
para las hondas penas del mañana.

(*El Maese de Campo saluda y sale por la derecha. Doña Inés levanta el paño de la tienda y entra en ella, dejándolo caer a sus espaldas. La luna ilumina desde el fondo de la escena, la cual por un buen rato queda vacía*).

Escena séptima

Pero Haró de Hoz.—Juan de Guzmán.—Antonio de Ulloa.—Diego López de Avalos.—Bartolomé Díaz. — Después Diego de Guzmán.

Bartolomé Díaz

(*Aparece por la izquierda del foro, precediendo a Haro de Hoz y a sus compañeros. Indica con el gesto la tienda de don Pedro de Valdivia*).

Esta es la tienda del señor don Pedro,
el capitán. Si halláis también del caso
que lo despierte yo...

Pero Haro de Hoz

(*Súbitamente*).

No, gracias... Bástame
con que hayas sido un guía de buen ánimo.

Ni tus servicios ya, ni mucho menos
tu permanencia aquí, son necesarios.

(*Le da una moneda*).

Véte no más a disfrutar del sueño
tranquilamente, porque en el espacio
van ya palideciendo las estrellas...

(*Bartolomé Díaz vase corriendo y Hoz, en voz baja, agrega con una feroz sonrisa*):

...y pronto irradiará también un trágico
amanecer de sangre.

Antonio de Ulloa

(*Mientras los otros se adelantan, él queda en el foro para asegurarse que Bartolomé Díaz se aleja de verdad. Después se adelanta a reunirse con los otros. Habla en voz baja, haciéndose oír apenas, precaución que todos adoptarán durante esta escena*).

Fué su andar
veloz, y se perdió a mi vista, rápido.

Pero Haro de Hoz

Ahora tú, Juan de Guzmán, observa
bien desde aquí si llega o no tu hermano.

Juan de Guzmán

(*Va hacia la derecha para mirar*).

El camino se ve de sombras lleno
por la gran multitud de tiendas.

(*Una pausa*).

Cauto
avanza un hombre...

(*Al anuncio todos sacan las armas que llevan ocultas en los borceguíes*).

El parece ser...
Aquí ya llega...

(*Vuelve donde sus compañeros. Entra Diego de Guzmán. Todos hacen un movimiento brusco, listos para una pronta defensa. Pero al avanzar Juan de Guzmán para saludar a su hermano, esconden nuevamente las armas*).

¡Diego!...

Pero Haro de Hoz

(*Tranquilizado, se adelanta también él para interrogar a Diego de Guzmán*).

¡Traes algo
interesante?... ¿Alguien, quizá, de nuestro
golpe se ha dado cuenta?... ¿Ha mucho rato
que Pedro yace en un profundo sueño?...

Diego de Guzmán

Debió llegar seguramente, cuando
estaba ya la noche muy entrada
pues ni un rumor, ni gritos me fué dado
sorprender. El maese Gómez, antes
que la fatiga lo rindiera, largo
tiempo pasóse vigilando y hasta
llegué a temer que sospechara de algo.

(*Una pausa*).

Este retardo vuestro, una gran suerte
ha sido.

Pero Haro de Hoz

Careciendo yo de datos
de cómo el campamento está dispuesto,
por otra tienda, decidido avanzo,
que no es la de Valdivia. Mal me hubiera

venido... El destino, sin embargo,
me reservaba algo mejor, pues guió
hasta aquí mismo mis inciertos pasos
aquél a quien de muerte casi hiero.

(*Una pausa. Después con ansiedad*).

¿Y la gente?...

Diego de Guzmán

Cansada está. De pago,
ha mucho tiempo ya que no recibe
medio maravedí, y ante el fracaso,
ella ha perdido la confianza toda
en Pedro de Valdivia. Con aplauso,
nuestro grito de triunfo acogerá
sin duda.

Pero Haro de Hoz

(*Completamente resuelto*).

Pues entonces ¡al trabajo!...
Tú, Diego de Guzmán, con don Antonio
Ulloa y el membrudo López de Avalos
de guardia quedaréis junto a la puerta.
Tú, Juan, conmigo adentro irás y, rápido,
si es que hace falta, prestarás tu ayuda.

(*Una pausa. Dirigiéndose en especial modo a Juan de Guzmán*).

Durante el sueño intentaré matarlo.
Mas, si me falla el golpe, por la espalda
le meterás tu daga, de inmediato,
cuando yo, simulándole un saludo,
lo tenga bien asido entre mis brazos
y no pueda valerse de su espada.

Diego de Guzmán

Pero... ¡atento!... que Pedro acompañado

siempre está... Más de un hombre hay en su tienda...
Además está Inés, que su descanso
toma junto a él... y una mujer es ella
enamorada y fuerte... y es su brazo
muy diestro en defenderse con escudo
y en manejar las armas.

Pero Haro de Hoz

(*Despreciativo*).

Si es el caso,
ella también recibirá su parte...

(*Ferozmente sádico*).

o un gozo nuevo le daré yo en cambio
si se me entrega complaciente y dócil.

(*Una pausa. Pero Haro de Hoz se adelanta incitando a sus compañeros, entre receloso y soberbio*).

Adelante... y ayúdennos los antros
infernales.

Diego López de Avalos

(*Como hablando consigo mismo*).

Mas, siendo grave el riesgo,
vida por vida hoy a jugarnos vamos.

Escena octava

Dichos.—Después doña Inés, Luis de Toledo y los dos soldados.

(*Cautelosamente se acercan los conjurados a la tienda. Diego de Guzmán levanta el paño de la puerta y lo mantiene en alto con la izquierda, mientras con la derecha empuña la daga que lleva oculta en el borceguí. Antonio de Ulloa y Diego de Avalos se si-*

túan detrás de él, uno en pos del otro, manteniendo la misma actitud defensiva. Al levantarse el paño, se verá, por la abertura de la tienda, escasamente iluminada, a doña Inés, que duerme en la cama al fondo. Pero Haro de Hoz, seguido de Juan de Guzmán, entra en la tienda y va como a ciegas palpando las cosas. Al llegar a la cama de doña Inés, inadvertidamente la toca y la despierta. Doña Inés se incorpora al punto).

Doña Inés

De las tinieblas ¿quién tan de repente
surge, y me toca, y me despierta, cauto?...
¿Quién, a escondidas, en morada ajena
se atreve a penetrar así?... y sus labios
sella?... y nada responde.....

Pero Haro de Hoz

(*Con voz ronca y angustiosa*).

Pedro... Pedro...
¿Dónde está Pedro de Valdivia?...

Doña Inés

Aguardo
antes de contestar, que quién pregunta
se dé primero a conocer. ¿Qué osado
es él que aquí, del capitán don Pedro
pide razón, con arrogante trato?...

Pero Haro de Hoz

(*Como antes*).

Pedro... ¿Dónde está Pedro de Valdivia?...
Quiero verlo y hablarle. De buscarlo
ineludible apremio es el que siento.

Doña Inés

Mas, esta noche, aquí no ha regresado
él.

Pero Haro de Hoz

(*Dando un salto atrás*).

¡Maldición!...

(*Al oír la exclamación de Pero Haro de Hoz, Juan de Guzmán se pone fuera de la tienda. Su hermano Diego deja caer el paño y se acerca a la derecha pronto a huir, como lo hace al oír el primer grito de doña Inés*).

Doña Inés

(*Desde la tienda*).

Decidme vuestro nombre...

(*Breve silencio, durante el cual Pero Haro de Hoz sale de la tienda, retrocediendo, y va a unirse con sus compañeros que se han retirado, como fieras acosadas, en el ángulo izquierdo, en primer término*).

¡Por España y Valdivia!... ¡ A mí! ¡Traición!...
Negra traición...

Luis de Toledo

¡Por España y Valdivia!...

(*Salen de la tienda doña Inés y Luis de Toledo, con las espadas desenvainadas. Los siguen los soldados, igualmente armados. Uno de éstos vase por la derecha y se oyen confusas voces como de llamada a reunión*).

Doña Inés

(*Se acerca audazmente al grupo de los conspiradores y se detiene a muy poca distancia de Pero Haro de Hoz, aparentando no reconocerlo*).

¿Quién sois?... ¿A qué venís?... ¿Por qué llegado
habéis aquí de noche y en compañía?...
Decid...

Pero Haro de Hoz

(*Tratando de aparentar un valor que no tiene*).

Ningún temor abrigue el ánimo
vuestro, porque de honor y fe mi nombre
es firme garantía: Pero Haro
de Hoz.

(*Indicando a sus compañeros*).

Mi persona valga en testimonio
de quienes van siguiéndome los pasos.

Doña Inés

(*Con un leve acento de ironía*).

Vuestro nombre al oír, mucho más grave
la culpa me parece, sea en cuanto
a la manera, sea por la hora
que se supo escoger, para anunciarnos
la Señoría vuestra, su llegada.

Pero Haro de Hoz

(*Más dueño de sí mismo y con un ligero acento de desprecio*).

Cogido por la noche en mi pesado
viaje, he creído hacerle yo un honor
a la amistad sincera y al mandato

de mi derecho, si traté de hallarme
cuanto antes con Valdivia, no tomando
en cuenta ni la forma ni la hora,
porque a mí, más que a nadie, el resultado
me quema, en esta empresa temeraria.

(*Con orgullo*).

Pedro sólo quedaba autorizado
a la conquista, cuando desde España
habíame hecho ya, mi soberano,
dueño de su rescripto.

(*Satisfecho de sí mismo, y creyendo haber disipado toda sospecha de doña Inés*).

Aquí el regreso
de Pedro esperaré, tranquilo, en tanto.

Escena novena

Pedro Gómez de don Benito.—Don Alonso Beltrán.—Juan Jiménez.—Capitanes y soldados.—Dichos.

Pedro Gómez de don Benito

(*Entra, seguido de hombres armados. Se adelanta hacia Haro de Hoz y cual si hubiera oído sus últimas palabras le habla con dura voz de mando*).

El campamento cumplir sabe mis órdenes,
y lo que merecéis sabré yo daros.

(*Dirigiéndose a un Capitán*).

Tomadlos prisioneros y que esperen
hasta que yo resuelva.

(*El capitán se acerca a los conjurados y los allana, mientras los soldados los rodean. Al hallarse las armas escondi-*

das, se produce un movimiento general de triste sorpresa. El Maese de Campo dice luego, con mal disimulada irritación).

Y cuidado,
Capitán... Vuestra vida me valdrá
por un gesto, o palabra, o un conato
mal reprimido, cuando indicio sean
de rebelión.

(Vase el Capitán y los soldados por la derecha conduciendo a los prisioneros).

Escena décima

Doña Inés.—Pedro Gómez de don Benito.—Don Alonso Beltrán.—Luis de Toledo.—Juan Jiménez.—Luis de Cartagena.

Pedro Gómez de don Benito

(Vuelto a doña Inés como esperando una orden).

A usted en este caso
le compete el derecho de tomar
contra los reos, un acuerdo rápido
de justicia.

Don Alonso Beltrán

(Como doña Inés, toda nerviosa, tarda en contestar, dice):

Tan sólo uno: la muerte.

Pedro Gómez de don Benito

Me dicta mi conciencia el mismo fallo.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

(*Se produce un silencio, como esperándose una palabra de doña Inés*).

Pero su voluntad, señora, sea
mi guía en todo.

Luis de Cartagena

El odio inveterado;
esas antiguas pretensiones suyas;
este de su llegar sigilo extraño;
su compañía con villana gente;
el silencio, la audacia y el armados
estar con armas que muy bien se prestan
para la insidia... todo deja claro
que fué premeditada felonía.

Don Alonso Beltrán

Muerte afrentosa, proceder tan bajo
se merece.

Doña Inés

A nosotros no nos toca
la culpa castigar. Tiene en su mano
el señor de Valdivia toda fuerza
de ley, y un proceder mucho más sabio
me parece esperar antes su vuelta.

(*Una pausa. Luego, vuelta a don Pedro Gómez de don Benito*).

Si escucha en su conciencia, sin embargo,
otro dictamen que más justo sea,
no ha de arredrar mi parecer su brazo.

(*Una pausa*).

Don Juan Fernández de Alderete, amigo
del Capitán, experto al par que cauto,
nos aconseje ahora. Y no pudiendo
de su tienda salir, porque postrado
un malestar lo tiene, a verlo vaya

don Alonso Beltrán con paso rápido,
lo sucedido cuéntele en mi nombre
y el castigo que él juzgue necesario
para una acción tan mala, que le pida.

(*Don Alonso Beltrán sale premurosamente como cumpliendo una voz de mando*).

Pedro Gómez de don Benito

(*Tras un momento de silencio y como tratando de persuadir a doña Inés*).

El señor de Valdivia, por un largo
tiempo se encontrará distante, y es siempre
fatal la indecisión en todo mando.

Doña Inés

Maese Gómez, un castigo grave
que se aplicara, causaría acaso
un general levantamiento, porque
entre la gente de arma, demasiado
se ha ya extendido un sordo malestar.
Quien preeminencia recibió de manos
del Rey, es justo que también reciba
su sentencia, en virtud de un soberano
derecho con igual fuerza.

(*A don Alonso que regresa*).

¿Cuál fué
su decisión?...

Don Alonso Beltrán

Un proceder más sabio
al señor de Alderete le parece
el de mandar al Capitán, recado
para que vuelva al punto.

Doña Inés

(*Como si esperara la misma respuesta*).

¡Sapientísimo
consejo!...

Pedro Gómez de don Benito

Un hombre fiel es necesario...

(*Una pausa. Después llama con un gesto a Juan Jiménez que está junto a la tienda conversando con Luis de Toledo*).

Tú, Jiménez, corriendo vé y ensilla
tu caballo; en seguida como un rayo
a Atacama la Grande raudo parte,
y al Capitán allá cuéntale el caso,
rogándole que vuelva.

(*Una pausa*).

Mas, escógete
un fiel amigo que en el viaje largo
te preste ayuda. No es seguro y fácil
el camino, y el indio en sus asaltos
ataca siempre de sorpresa.

(*Juan Jiménez hace ademán de irse; pero doña Inés lo detiene con un gesto imperioso*).

Doña Inés

Acércate
frente a mí, y en mis ojos fija un rato
tu mirar, Juan Jiménez.

(*Juan Jiménez se le acerca y la mira fijamente*).

Tú desde ahora
y el compañero tuyo, en vuestras manos

el destino tenéis de ese mañana,
que nos aguarda, incierto. En vuelo raudo
van nuestras esperanzas a juntarse
en un solo esperar que os temple el ánimo.
Como un volar de cóndores reales
sea el galope vuestro. Sin descanso
el aguijón del ansia os estimule;
redoble el ímpetu del viento el rápido
correr de los corceles; con su lumbre
toda, os embriague el sol; seguro y blando
se os presente el terreno; la fatiga
no os desaliente nunca; ni desmayo
sintáis ante el peligro; no os sorprenda
el temor; ni haya un interés humano
que del alma os arranque el solo anhelo,
ardiente y puro, que alentar vuestro ánimo
ahora debe: el de llegar.

(*Una pausa*).

Benigno
guíe Dios, en la ruta, vuestros pasos.

Fin del segundo episodio.

TERCER EPISODIO

LA DEFENSA MAGNIFICA

La plaza central de la ciudad de Santiago.

Está aquí el centro del mando y de la defensa.

Por el lado izquierdo y bien en la esquina se verá, no muy cerca, el cerro Huelén, hoy Santa Lucía, el cual estará indicado en la noche por un punto rojo como una llama, y que aparecerá entero con la luz del día.

La escena tiene subida hacia el foro, como formando allá un plano más alto. Al final estará cerrada con vigas, que en el medio están interrumpidas dejando un paso libre por el cual se va al terreno abierto que se supone continúe más allá de la escena.

En la lejanía la Cordillera con nieve.

A la derecha hay un fuego de ramas el cual será apagado al salir del día.

Ha pasado la media noche y una blanda luz de luna ilumina la escena. Después, desde la mitad del episodio será de día.

Es el domingo 11 *de Septiembre de* 1541.

TERCER EPISODIO

Escena primera

Don Alonso Beltrán, Santiago de Azoca y dos soldados.

(*En el foro, a la derecha, hay una fogata, junto a la cual están don Alonso Beltrán, Azoca y un soldado. El otro soldado está tendido en el suelo, a poca distancia, y parece dormir. Al levantarse el telón, el soldado que está junto al fuego se levanta y adelantándose hacia la derecha abajo, da el grito de vigilancia nocturna*).

Soldado

¡España y Valdivia!..

(*Pausa. Como no llega respuesta, repite el grito*).

España y Valdivia!...

(*Llega desde el interior una voz confusa como si el grito fuese repetido desde el puesto interior. El soldado va hacia la izquierda y repite el grito como llamando a los del cerro*).

¡Eh!... España y Valdivia!...

(*La llama que se ve en el cerro, brilla más viva como si alguien la hubiera*

removido y se oye una voz confusa como antes a la derecha. Vuelve el soldado a sentarse junto al fuego).

Santiago de Azoca

A la distancia,
a tus voces de alerta, entre el nocturno
velar, respuesta decidida y rápida
el centinela dió, que allá en el cerro
Huelén está de guardia, con el alma
en los ojos.

Don Alonso Beltrán

(*Como el fuego se va apagándose, dice al soldado*):

¡Atiza el fuego! ¡Avívalo!...
para que entre la obscura lontananza
quede nuestro velar de manifiesto.

(*Pausa. El soldado se levanta y sale por la derecha y vuelve luego con un atado de ramas que echa sobre el fuego*).

Si con su velo de piedad y calma
hace la noche que entre sí se oculten
los mortales, ni el ojo de mirada
más atenta acechar puede los pasos
del enemigo, ni tampoco lanza
certera el hierro la valiente diestra.

(*Pausa*).

Pero entre las tinieblas, clara llama
emerge, cual demonio poderoso
rendido a tu capricho, haciendo, mágica,
que te sepa despierto el que te espía
y que medrosa esté la fiera, que anda
siempre en acecho por razón del hambre,

Fuerza es de vida el fuego y es muralla
también, impenetrable, contra toda
rabia de ciego instinto o de una mala
voluntad.

Santiago de Azoca

Nunca el indio en las tinieblas,
se atreve a presentar la lucha franca.
Viendo todas las cosas como muertas
yacer, cuando la luz del sol se apaga,
se llena el indio de infantil pavura
como si un dios desconocido, el alma
le apretara con cruel y horrenda mano,
dejándosela vil y acobardada.

Don Alonso Beltrán

Más infantil es descansar seguros,
poniendo solamente la confianza
en ajeno temor. Es la prudencia
buena, tan sólo como humilde hermana
del valor, pero no como enemiga
o su rival. Bien puede ser su aliada
para prestarle ayuda; pero nunca
habrá de guarecerse, como vana
excusa, en el orgullo presuntuoso.

(*Pausa. Se oyen de repente los gritos destemplados de los caciques prisioneros, que llegan desde la izquierda. Se seguirán oyendo de cuando en cuando hasta el final del episodio, pero sin que molesten el desarrollo de la acción*).

Soldado

(*A Santiago de Azoca*).

Escucha cómo bruscamente rasga
la nocturna quietud, el prolongado
y siniestro ulular, lleno de rabia,
de los caciques presos.

Santiago de Azoca

De las siete
bocas, parece al cielo ser lanzada
una perversa y única blasfemia.

Don Alonso Beltrán

La voz que como guía se adelanta
en el coro que aúlla a las estrellas,
es la de Atancalongo, cuya fama
de indómito y de fuerte, ya ha corrido
de boca en boca por la entera indiada.
De entre los siete, es éste el más soberbio
y cruel.

Soldado

(*A don Alonso Beltrán*).

¿Odio feroz, o la nostalgia
de libertad perdida los tortura
y los hace cantar?...

Don Alonso Beltrán

Cantar de rabia
es el suyo. Son fieros gavilanes
y no menudos ruiseñores para
el leve ensueño azul de las doncellas
enclaustradas.

(*Pausa*).

Medida fué muy sabia
de Pedro de Valdivia, el mantenerlos
como rehenes. Nunca el cuerpo alcanza
sobre sus pies a mantenerse erguido
si le han cortado la cabeza. Vagan
por sotos y collados las ovejas,
dispersas y al azar, cuando les falta

el buen pastor que a do pacer las guíe
con su fiel perro y su cayado.

(*Pausa. Santiago de Azoca y el soldado se levantan de un salto y se acercan a la derecha, muy adelante. Don Alonso atisba sin moverse de su puesto*).

Santiago de Azoca

Clara
música, se oye, de menudos pasos
como los de una niña enamorada
que, alegre, se encamina hacia el amante
que impaciente la espera.

Soldado

Se adelanta
no a guisa de ladrón, en el misterio,
como queriendo dar con la celada
fuerza mayor a su conducta infame.
El que llega... es amigo de confianza.

Escena segunda

Doña Inés y dichos.

(*Entra doña Inés. Abre, al entrar, la ancha capa en que se envuelve. Al verla don Alonso se levanta de prisa y se le acerca, mientras Azoca y el soldado se colocan a un lado*).

Don Alonso Beltrán

(*Con una exclamación de grata sorpresa*).

¡Doña Inés!...

(*Luego como queriendo hacerle un amable reproche, y sin atreverse directamente*).

Aconseja la prudencia,
estando ya la noche tan entrada,
que por el campamento nadie marche
solo, puesto que el indio no descansa
y atisba con maldad.

Doña Inés

(*Con mucha simplicidad*).

¡Oh!... las estrellas
nos observan, del cielo, con mirada
tan serena y amiga, que parecen
ser las pupilas de ánimas lejanas
fulgurantes de paz en la dormida
inmensidad.

(*Pausa*).

De apetecida calma
es ésta mi hora, la que puedo al sueño
arrebatar sin remorderme nada,
para brindar a todos el alivio
que mi materno corazón reclama.

(*Pausa*).

Ya tuvo el cuerpo cuanto le es preciso
para solaz de su fatiga diaria.

(*Pausa. Don Alonso queda como abstraído en su ensueño. Doña Inés prosigue, aparentando no darse cuenta de su estado de ánimo*).

¿Qué es del soldado enfermo?

Don Alonso Beltrán

(*Sacudiéndose e indicando al hombre que yace en el suelo*).

Ahí durmiendo
está sin lamentarse nunca, y hasta
ni parece abatido por la fiebre.

Doña Inés

(*Se acerca al enfermo, y se arrodilla a su lado. Después de haberlo mirado un momento le toca la frente y luego la cara*).

Sí, su respiración es sosegada
Ni la frente ni el rostro le arden ya.

(*Se alza y vuelve hacia el centro de la escena donde ha quedado don Alonso*).

La íntima fuerza, que su cuerpo guarda,
triunfó otra vez sobre su mal, lo mismo
que la tierra en encina centenaria...
y se hallará de nuevo a vuestro lado
con el ya próximo surgir del alba.

(*Pausa*).

¡Un hombre más que hará vivir en sí
esa virtud suprema de la raza
nuestra que es toda audacia, y con ella,
la voluntad tenaz y sobrehumana
de resistir, siempre que el indio ataque!...

(*Pausa. Alzando luego la voz como también dirigiéndose a los otros*).

¡Vigilad!.... y que vuestra vigilancia
se haga no con oír tan solamente,
ni con la sola luz de la mirada,
sino además con los latidos todos
del corazón y con entera el alma
que se derrama en las tinieblas densas
para que se haga luz... que se adelanta
en el silencio porque se haga grito
toda realidad y toda nada.

(*Pausa*).

Con el dorado sueño de don Pedro
de Valdivia; con la honra y paz de España;
con todo el porvenir de nuestra gente
que para gloria fué martirizada
a través de los siglos; con las fúlgidas
esperanzas que hicieron más livianas
nuestras adversidades y las luchas,
nuestras vidas también amenazadas
están de grave riesgo... De alborozo
brutal enajenado, se prepara
el indio ya para el festín de sangre
y muerte...

(*Pausa*).

Las primeras tibias auras
de primavera, aquí nos han traído
de todas partes furibunda indiada...
y la horda de salvajes que, ya lista
para el combate, nos acecha ufana
desde los bosques, es no ya una o diez,
sino cien y más veces más compacta
y numerosa que nosotros.

Santiago de Azoca

(*Con agradable vanidad*).

Nunca,
desde cuando empuñamos una espada
hemos contado al enemigo.

Soldado

(*Con el orgullo de raza*).

Nuestra
es Granada la bella... y custodiábanla
legiones de agarena gente...

Doña Inés

(*Con humildad*).

Pero
una reina de España allá lidiaba
a sus puertas.

Don Alonso Beltrán

(*Con entusiasmo de galán*).

Y vos sois otro tanto
por la fe en la victoria y por la audacia.

(*Más que con el entusiasmo de soldado, con el de un hombre amante*).

Después de todo, sea nuestro el triunfo,
aunque la propia vida se nos vaya
en cambio.

Doña Inés

(*Lo mira fijamente como para recompensarle de toda su sincera fidelidad y le sonríe con toda su gracia femenina*).

¡Gracias!...

(*Se envuelve otra vez en la capa y vase por la izquierda*).

Escena tercera

Dichos, menos doña Inés.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

Don Alonso Beltrán

(*Se queda inmóvil, mirando por un rato el camino por donde se ha ido doña Inés; después formando una cruz con el pulgar y el índice de la derecha, la besa como haciendo juramento*).

Y por gloria mía
venga la dulce maravilla y gracia
de la sonrisa que me dió, tal como
una hermosa mujer que las miradas
se lleva tras de sí por su belleza,
lanza al desconocido la lozana
flor que aprisiona entre sus dientes, porque
de su lisonja se sintió halagada.

(*Pausa*).

¡Flor de pureza... que mi amor ardiente
y doloroso trocó en flor de llama!...
El alma de rodillas la recoge
y de mi corazón en la más alta
extremidad la prende, para que ella
vuelva en la venidera remembranza,
de nuevo a florecer con el empuje
de mi sangre.

(*Llega de la izquerda el ruido de un cuerpo que pesadamente cae al suelo. Los prisioneros lanzan un grito como de espanto. Santiago de Azoca va corriendo con el soldado hacia la parte indicada y después regresa solo junto a don Alonso*).

Santiago de Azoca

¿Oísteis?...

Don Alonso Beltrán

Sí... una cosa extraña:
un ruido como si alguien, de improviso,
en su correr veloz se desplomara
pesadamente al suelo.

Santiago de Azoca

Los cautivos
obscuro grito, extrañamente, acaban

de lanzar, que de espanto parecía
o de angustia...

Don Alonso Beltrán

(*Con rápida decisión*).

Alguien que aquí rondaba
ha caído. He de ver quién fué el incauto
o atrevido que así su audacia paga.
Dame un tizón, que ardiendo me ilumine
el camino; una tea improvisada...
poca luz da la luna, y deja en sombras
la obscuridad de los boscajes...

(*Vase por la izquierda, en primer término. En tanto Santiago de Azoca saca de la fogata un tizón bien encendido y lo levanta para alumbrar la senda. Don Alonso vuelve a entrar después de un rato*).

Santiago de Azoca

¿Nada?...

Don Alonso Beltrán

¡Nada!...

(*Pausa*).

Pero el misterio de la noche
va desgarrando por la lontananza
un grito extraño, entre indeciso y recio,
que parece salir de la garganta
de alguien que, huyendo, advertir quisiera
su fuga, a quien, muy lejos, le aguardara.

Santiago de Azoca

No cual perros rabiosos, los caciques,
sino cual hartos cachorrillos callan,
apaciguados ya por el saludo
de mejor suerte que el heraldo lanza.

Don Alonso Beltrán

No puedo precisar qué es lo que dicen,
pero mi corazón una amenaza
me está anunciando con su oculto instinto.
Una persona llega, escucha y rápida
se aleja, vuelve luego y va tejiendo
de órdenes y pedidos una vasta
red... al par que de lejos, otra aprueba,
previene, incita... Crujen hoy las ramas
y no hay ala de viento que las mueva.
Alguien huye veloz, mientras con bárbara
violencias se abre paso.. Cuando el coro
de los cautivos por momentos calla,
de inmediato resuenan los siniestros
ecos de aves rapaces y de ranas,
de ánsares y cuclillos y de lobos
que allá en el bosque forman algarada,
ya reunidos, ya solos, ya alternados.
Y movido por ansia de batalla,
siento vibrar el aire... ya palpable
está en el viento la traición, que rauda,
en remolino envuelve, abate y rinde
y desgarra, y oprime y deja al alma
abatida con mil presentimientos.

Soldado

(*Impresionado por lo que ha dicho don Alonso Beltrán, y como dirigiéndose especialmente a Azoca*).

Si los hubiese muerto ya ¡con cuánta
mayor seguridad, aquí don Pedro
hubiéranos dejado!... Es buena táctica
de guerra, al enemigo dar la muerte:
así sobre el pasado, la mirada
no torna más.

(*Pausa*).

Traérselos consigo
encadenados, es tan grande hazaña

como jugar con una rata, cuando
el verdugo, con sólo dos palabras
de sentencia, talvez mañana mismo
acabará con ellos.

Santiago de Azoca

No creo haya,
amigo, en lo que dices nada malo;
mas suele usar don Pedro tan extraña
medida con la vida y con la muerte
del vencido.

(*Pausa*).

Las siete testas bárbaras,
levantadas al cielo en siete picas,
proyectando lo negro en lontananza,
sobre un ocaso carmesí, jaspeado
de azul y blanco cual insignia mágica
de nuestro triunfo, habrían parecido
siete claros fanales de preclara
justicia.

(*Llega desde el cerro Huelén la voz del centinela que parece ser el llamado nocturno. El soldado se levanta y siguiendo la dirección de la voz, responde*).

Soldado

¡España y Valdivia!...

Santiago de Azoca

El otro
anduvo listo y te dejó a la zaga.

Don Alonso Beltrán

(*Como en un amargo sueño*).
En su cuarto silencio está la noche

y por doquier perdidas voces se alzan
temblorosas, inciertas y sutiles,
con el temblor gentil de la alborada,
que a su nuevo surgir triunfalmente
se prepara.

(*Pausa*).

Despierta ya temprana
toda natura, cual doncella que abre
a la luz sus pupilas fatigadas
de amor, no por quererlo, sino sólo
porque ya el sueño la dejó saciada.

(*Pausa*).

Y en tanto, irá mi anciana madre haciendo
mi vieja casa revivir con su alma
hacendosa y vivaz. Una profunda
fe supo ella encender en mí, cual clara
antorcha que, en la vida, nuestros pasos
al infinito guía, do descansa
el corazón que sufre.

(*Pausa*).

El mundo entero
ponerse a recorrer con toda el ansia
de poderío, gloria, o de placeres...
afrontar los peligros y contrarias
contingencias; sembrar doquier la muerte,
la vergüenza, el delito o verter lágrimas
y sangre por un loco afán de vida
y de placer... es para el alma diáfana
que navegando va por esta inmensa
paz nocturna, tan sólo ambición vana
de la nada.

(*Pausa*).

Mejor la dulcedumbre
de la tranquila y reducida casa,

saturada de amor sincero y puro,
donde nunca enemiga, ni con cara
triste, la muerte a ti como a tus padres
te espera muy paciente, cual hermana
que estrecharte pretende contra el pecho,
última y sola en el querer...

(*Por la derecha se oyen pasos de gente armada. El soldado corre a ver y luego vuelve para anunciarle a don Alonso Beltrán los que llegan*).

Soldado

Avanzan
el señor don Alonso de Monroy
con el señor Francisco de Villagra,
don Rodrigo Quiroga, y además
el Capellán.

Escena cuarta

Don Alonso de Monroy, Don Francisco de Villagra, don Rodrigo de Quiroga, el Capellán y luego doña Inés y dichos.

Don Alonso de Monroy

(*Entra con el séquito. Aparece preocupado al par que los demás. Viene como terminando un discurso*).

Mas, hombre de confianza
es él... No el oro, sino el vivo anhelo
de una venganza aun no consumada
lo induce a revelarme todo cuanto
el enemigo contra nos prepara.

(*Pausa. A don Alonso Beltrán que se le ha acercado y lo saluda*).

¿Ninguna novedad, mientras en vela
estabais, ocurrió?... ¿No visteis nada?

Don Alonso Beltrán

Me pareció que, en su veloz huída,
cayera de repente, a una distancia
escasa, un hombre portador de algún
mensaje a los cautivos. Por desgracia,
no dí con él por más que, diligente,
lo busqué.

Don Alonso de Monroy

(*Dirigiéndose a sus acompañantes como ante una prueba más de lo que venía afirmando*).

¡Otro tentáculo, que se halla,
del espantoso y escondido pulpo!...

(*A don Alonso Beltrán*).

¿Y doña Inés?... Vióla el que está de guardia
en esta dirección venir, no ha mucho.

Don Alonso Beltrán

Pero al Cerro, después, marchóse rauda
en su nocturna ronda de paz.

(*Al indicar la izquierda, ve entrar a doña Inés*).

¡Vuelve
ya!...

Don Alonso de Monroy

(*Se vuelve prontamente hacia doña Inés y la saluda, igual cosa hacen los otros*).

Señora.

(*Pausa*).

Un espía de confianza
llegó, de noche, a darme una secreta
noticia. A la primera luz del alba,
iniciarán los indios el ataque
por dar la libertad ambicionada
a los cautivos.

Doña Inés

(*Con tranquilidad*).

Eligió el cacique
Michimalongo la feliz mañana
del día del Señor, para el castigo.
Que venga cuando quiera, que muy grata
recepción sabrá hacerle, don Alonso.

Don Alonso de Monroy

Mas, señora, yo quise se quedara
cerca de mí, ya que no está don Pedro
de Valdivia; y así, con la eficacia
contar de su consejo.

Doña Inés

Obedecerle
es mi deber en toda circunstancia,
principalmente en ésta, cuando importa
no discutir, sino luchar en aras
de la segura resistencia.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

Don Alonso de Monroy

(*Como si las palabras de doña Inés envolvieran una orden, vuélvese a Villagra y con voz tranquila y firme, dice*):

¡Pronto!
Despertad a la gente, y colocadla
en torno. Que los hombres de a caballo
formen un grupo, frente a las cabañas.
Vaya al Huelén, a reforzar el sitio,
la más segura y aguerrida escuadra
de yanaconas. Por allá,

(*Indicando al fondo, más allá del parapeto*).

y al frente,
sitúese al abierto, la ya escasa
porción de arcabuceros, colocados
en cadena, entre sí con tal distancia
que el manejo del arma quede fácil
y expedito. Los otros, con mirada
solícita, vigilen el relevo.

(*Después de una pausa y antes de que Villagra se aleje*).

Somos sólo cincuenta... y el que ataca
es incontable. Cada cual ahora,
por su completa decisión del alma,
valga por mil en la defensa.

(*Vase don Francisco Villagra. Don Alonso de Monroy se dirige a don Alonso Beltrán*).

Y doble,
don Alonso Beltrán, la vigilancia,
porque del enemigo el loco impuje
dirigido estará, primero, hacia
esta parte, y así podrá avisarnos
con rapidez.

Doña Inés

(*A don Alonso de Monroy*).

¡Una prudente y sabia
manera de ordenar lo que conviene

a la defensa!

(*Pausa*)

Toda la esperanza
ahora queda en las divinas manos.

Capellán

Si en el claror de la divina gracia
nos favorece la conciencia, entonces
se vuelve certidumbre la esperanza.
Que si la senda aquella que creemos
ser la del triunfo, no es la señalada
por Dios para salvarnos, El por otra
más apta nos guiará con mano sabia.

(*Vanse todos, menos don Alonso Beltrán, Santiago de Azoca y los dos soldados, silenciosamente como bajo el peso de una profunda emoción*).

Escena quinta

Don Alonso Beltrán, Santiago de Azoca, los dos soldados.—Después doña Inés y otros.

(*La primera luz del alba apunta ya en el cielo. El soldado enfermo se levanta. El otro retira del fuego, que ya está apagado, los restos de ramas y troncos. Pausa. De repente Santiago de Azoca que había permanecido en el foro observando los movimientos del enemigo, lanza un grito*).

Santiago de Azoca

Los indios ya comienzan a moverse
para el ataque. Salen ya en violento
tropel desde los bosques y en desorden.
Cuanto el mirar abarca sobre el suelo,
de enemigos está cubierto, y cuanto
se ve en el aire es un correr siniestro
de una nube de flechas. A la lucha

templan sus corazones, hacia el cielo
apuntando... y recogen, inclinados,
cada flecha al caer. Aun están lejos,
mas vienen de carrera. ¡A la defensa!...
¡Santiago por España!...

(*Don Alonso Beltrán, Santiago de Azoca y los dos soldados se lanzan por el paso del fondo. Se levanta, en el interior un gran tumulto de voces. Pasan corriendo, dirección al Cerro Huelén, los indios yanaconas. La escena queda vacía, pero el tumulto interno de voces no decrece. Entra doña Inés, enarbolando una bandera que va a clavar en lo alto del foro y a la izquierda del paso libre*).

Doña Inés

Y aquí, enhiesto
quédate, heroico lábaro de España,
y cubre con tu gloria el embeleso
de todas estas tierras que son tuyas!...
¡Ondea, triunfal, en el gallardo viento!...
¡Inspira al corazón del indio, vivo
terror, lo mismo que de miedo
llenaste a la morisma, que te veía
hacia las costas de Africa huyendo,
ondear sobre las torres de la Alhambra!...

Don Francisco de Villagra

(*Desde adentro por el foro*).

Dejad que ellos avancen... y en el grueso
de su grupo apuntad, con sangre fría...
¡No erréis el tiro! ¡Todos listos! ¡Fuego!

(*Se oye el tronar de los arcabuçes*).

¡Los de a caballo, raudos, al galope!
¡a galope tendido! Ni un momento

haya de tregua, y entre bestia y bestia
no quede ningún claro.

(*Se oye el galope violento de los caballos*).

Doña Inés

(*Con un brazo en la bandera y teniendo extendido el otro, como para incitar a los combatientes*).

¡Atrapa fiero
y sin cesar, tú, lobo de Vasconia!...
afilado es el diente... con denuedo
muerde, destroza y rasga... Sacia ahora
todo apetito y hambre por completo,
porque la presa es mucha y no te falta
el ánimo.

(*Pausa*).

Don Francisco de Villagra

(*Como antes*).

¡Valor!... ¡cargad de nuevo!...
con mira baja... ¡Fuego!...

Doña Inés

Aragonés...
observa la columna. Sonriendo
está la Virgen con sin par dulzura
como tu madre y reina... De un espléndido
triunfo es prenda esta sonrisa.

(*De vez en cuando, sin entorpecer el desarrollo de la acción se oyen gritos, galopes de caballos y tronar de arcabuces*).

Oso,
está maduro el fruto placentero
del madroño. Si el árbol tú sacudes,

gualdo y rosado como el oro y fierro,
al suelo caerá. Y con su cosecha
tendrás por muchos años.

(*Pausa*).

Cuatro dedos
metió en tu sangre, Catalán velludo,
y te marcó, tu rey, sobre tu pecho
jadeante, de gloria cuatro surcos.
Añádele otro, y tu terruño entero
se llenará de orgullo.

(*Pausa*).

Majestuoso
párate tú, León, hechos dos fuegos
tus ojos y tus nervios con violencia
estremecidos, para dar horrendo
espanto. Azótate después los flancos
con la cola, sacude al mismo tiempo
tu melena y ruge... Que, potente,
atruene tu rugir el mundo entero
y exclame el hombre al escucharte: "España
por su gloria, a lidiar torna de nuevo"

(*Pausa*).

Y por vosotros, oh mortales, lucha
también ella, brindándoos y pidiendo
sangre. En muy larga esclavitud sumidos,
hoy os estrecha en un abrazo cruento
porque anhela que llegue a ser muy pronto
una patria de libres y de intrépidos
con civilización gloriosa, aquesta
tierra vuestra, que está resplandeciendo
bajo un profundo cielo, luminoso
de amplio zafir, como divino ensueño
de vida y a la vez de amor.

(Pausa. Parece que decae el tumulto del combate. Entra don Alonso de Monroy. Está visiblemente fatigado. Avanza hacia el centro de la escena y

doña Inés lo sigue silenciosa como convertida toda ella en una sola pregunta respecto del desarrollo del combate).

Alonso de Monroy

Decrece
la fuerza del combate por momentos
pero será brevísima la tregua.

(*Pausa*).

Como cuando, una y otra vez deshecho
sobre la enhiesta roca el oleaje,
vuelve furioso el mar con nuevo empeño
a golpearla, así siempre adelante
para la lucha, lanza el indio fiero
incontables y nuevas multitudes.
El ulular de los caciques presos
alternándose va con la locura
mortal del enemigo.

(*Pausa*).

Y el deseo
feroz de la venganza lo domina.
Ciego avanza a la lucha.

(*Pausa*).

Ya los nuestros
extenuados están por la terrible
lucha... y si bien el ánimo resuelto
a no ceder se encuentre, y en cada alma
haya un valor inagotable, el cuerpo
difícilmente a resistir se apresta.

Doña Inés

(*Con profunda emoción*).

¡Mas el Señor nos acompaña!...

(*Pausa. Entra por la izquierda Pero Haro de Hoz. Una cadena aprisiona*

sus muñecas y con la derecha empuña una espada. Está agitado. Don Alonso de Monroy, imaginando quiera atacar a doña Inés, lo detiene con un grito).

Alonso de Monroy

Pero
Haro de Hoz ¿a dó vas?

Pero Haro de Hoz

¡A la muerte,
si es necesario!... Inerte prisionero
no es posible quedar, cuando hacen falta
todas las fuerzas... aun cuando el recelo
haga mirar la culpa.

Doña Inés

(Con la intuición propia de una mujer respecto de la sinceridad de un sentimiento).

Nunca debe
una espada blandir el brazo puesto
en esposas. La espada es libertad,
sed de justicia, fuerza de derecho
y ansia de redención; es sacrificio,
es gloria de defensa y es consuelo
de oprimidos y débiles.

(Pausa. Después lentamente y con firmeza).

Si el malo
la empuña contra el bien, en el momento
mismo se romperá, que Dios fijó
en su designio altísimo y eterno.

(Pausa. Dirigiéndose a don Alonso de Monroy).

Don Alonso, le ruego ordene sean
al punto rotas las cadenas.

Don Alonso de Monroy

Tengo
por ley, señora, su pedir.

(*Hace una señal a Pero Haro de Hoz, para que lo siga y vase con doña Inés. Se adelantan por el foro don Rodrigo de Quiroga y dos soldados que traen un herido, el cual, con la cabeza reclinada, parece llorar. Doña Inés vuelve de la derecha y acude a acompañarlos. Llegados al lateral de izquierda, dejan en el suelo el herido*).

Doña Inés

Son llamas
de sangre inquieta los claveles bellos
de Sevilla... y a ti la gloria fúlgida
te los brindó, con un donaire fresco
de primavera.

(*Pausa*).

Enjuga ya tu llanto,
sevillano, porque ardo en vivo anhelo
de ayudarte, lo mismo que tu madre
si se encontrase aquí.

Don Rodrigo de Quiroga

La herida, empero,
es grave y ha perdido mucha sangre.
Vana es toda esperanza.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

Doña Inés

(*Advierte que el herido trata de articular una palabra y acerca su oído a la boca de aquél. Luego dando a entender que ha comprendido cuanto le ha dicho, lo abraza como en un ímpetu de pasión*).

Sí, mi intrépido
sevillano, la Tránsito te abraza...
estréchala no más contra tu pecho,
mánchala con tu sangre... su semblante
mira para que se harten por completo
tus pupilas.

(*Lo besa apasionadamente*).

La Tránsito te da
el beso del a...

(*Va a decir "Amor" pero el herido se muere y ella dice*);

de la muerte.

(*En seguida, dirigiéndose a don Rodrigo y como queriéndose disculpar. Mientras ella habla, los soldados transportan el cadáver hacia el interior. Después uno vase por el foro y el otro se queda en lo alto como descansando*).

Ensueño
de juventud lejano ya, lo hacía
delirar... con su amada... y yo por ello
quise fingirle que ella lo besaba.

Don Rodrigo de Quiroga

(*Con afectuosa admiración*).

¡Qué bien sabéis amar, doña Inés!

Doña Inés

(*No contesta a lo que dice don Rodrigo; pero al mirarle, se da cuenta que está herido en una mano*).

Pero,
don Rodrigo, también estáis herido!...

(*Le toma la mano y por no tener otra cosa, se arranca un pedazo de la manga de su camisa y venda la herida*).

El soldado que está en lo alto

El indio que a la lucha dió un momento
al parecer, de tregua, cauteloso
se adelanta otra vez. De parlamento
traer parece clara y manifiesta
tranquilidad, mas bien que guerra. Veo
volutas de humo en torno a los que van
más escondidos, como las de incienso
que la imaginería van rodeando
en procesión solemne.

(*Pausa. Después de repente grita*):

¡Oíd, atentos!...
Echan mano del fuego ellos ahora
para luchar, en vez de usar el hierro.
Ya serpean las llamas destructoras.
¡A mí! ¡Al salvamento! ¡Al salvamento!...

(*Se lanza por el fondo. Lo siguen, corriendo, doña Inés y don Rodrigo de Quiroga. Los indios yanaconas enviados del cerro Huelén, vuelven en masa y se dirigen al interior por el fondo y por la derecha, locos de espanto. Los resplandores del incendio se proyectan en la escena. Don Alonso de Monroy entra por la derecha y se dirige hacia el fondo para salir; pero se encuentra con Villagra que viene a contarle lo que pasa. Se detiene en lo alto mirando el incendio*).

Don Francisco de Villagra

Ya se propaga el fuego a las cabañas
y las abrasa en un instante.

Don Alonso de Monroy

Esfuerzo
ninguno se haga ya por apagarlo,
porque muy fácil presa encuentra el fuego:
los techos son de paja, inconsistentes
las vigas, la madera es seca y a eso
hay que agregar también la falta de agua.
Cuanto le sirva de materia, prestos
destruíd... las cabañas, sin demora...
Eliminad lo que a la llama es cebo...

(*Pausa*).

Que no abandone su lugar ninguno
que combata y no quede ni un momento
más débil la defensa. El enemigo
puédenos atacar, con el objeto
de obtener distracción con su artimaña
guerrera. ¡Vigilad! ¡y estad atentos
a cualquiera sorpresa.

(*Don Francisco Villagra se aleja por la derecha. Don Alonso de Monroy vase por el fondo y se oye su voz*).

¡Y al galope
cargad!... Si está el caballo sin aliento,
aguijoneadlo con vuestra alma llena
de altivez. ¡Atención, arcabuceros!...
mirad al vientre y disparad unidos.
De este modo cambiáis balas por fuego.

(*Se oye el galope de los caballos y el estrépito de los arcabuces. Entra doña Inés. Tiene el cabello suelto sobre su espalda y algo desordenados sus vestidos. Trae en sus brazos una niñita yanacona que ha salvado del incendio. La deja en el suelo y ésta se va corriendo a los brazos de una india que va entrando con la ansiedad pintada en su rostro, pero al ver la niña la estrecha*

contra su corazón con alegría y después va a sentarse por tierra al lado izquierdo. El tumulto interior no disminuye. Se oye otra vez el estrépito de los arcabuces y el galope de los caballos. Doña Inés va a lo alto de la escena y apoyándose en el parapeto de derecha queda absorta en una profunda visión de dolor. Piensa que acaso el ensueño de Valdivia se desvanezca para siempre... y con él, también su amor... La escena se llena de gente y de algunos soldados. Todos se agrupan hacia adelante, en forma que quede siempre visible doña Inés en lo alto del fondo).

Escena última

Doña Inés. Don Alonso de Monroy y otros. Una muchedumbre.

Don Francisco de Villagra

(*A don Alonso de Monroy*).

Ha destruído el fuego en un instante
todos nuestros recursos, tan escasos.
Ceniza es el maíz; los animales
domésticos, también ceniza... y cuanto
trajimos desde el Cuzco con esfuerzo
y sacrificio de hombres, de caballos
y de indios avezados a la marcha;
los vestidos, las armas y los varios
instrumentos, que había, de labranza...
todo vuelto ceniza se ha quedado.

(*Pausa*).

Si Dios, de la salvaje y hostil furia
hoy nos salva con vida, será acaso
la desnudez del suelo nuestra cama.

Don Alonso de Monroy

No necesita más el hombre cuando
combate.

(*Pausa*).

Quédese aquí cerca toda
la gente, bien unida. Este, en que estamos,
es el postrer refugio... y solamente
se cederá hombre por hombre y paso
por paso.

Don Francisco de Aguirre

(*Viene llegando y al oír la advertencia, agrega*):

Replegarse ya parece
el indio, y su cubil en los cercanos
bosques busca de nuevo.

Don Rodrigo de Quiroga

La defensa
desesperada nuestra va tornando
en incierto atacar su anterior furia.

Don Alonso de Monroy

Mas, ni su rabia, ni el poder, en tanto
se han extinguido. Apenas lo desee
el jefe, intentará dar nuevo asalto,
porque Michimalongo tiene mucha
gente para atacar, que ha reunido
de muy diversos y distantes pueblos
y, aunque torpes, el número permite
renovarlos sin tregua.

Don Francisco de Villagra

(*Preocupado, pero sin miedo*).

Desastrosa
se ve la resistencia... los caballos
no tienen brío y fáltales aliento
para el galope, que amedrenta tanto
al enemigo; las espadas, rotas
ya están y hasta torcidas por el largo
segar de tanta mies.... y para el último
rugido de la muerte, están cargados
los arcabuces.

(*Pausa*).

Don Rodrigo de Quiroga

(*Con voz potente*).

Pero el hombre, firme
está... A pesar de hallarse todo exhausto
de fuerzas teñido en sangre, siempre
por el hambre y la sed martirizado
durante un día entero de combate,
no cede ni valor, ni fe, ni un palmo
de terreno. Tan sólo para el triunfo
guarde su anhelo inquebrantable y alto.

(*Doña Inés que ha permanecido apoyada al parapeto, extraña a todo y concentrada en su doloroso pensamiento, al escuchar las palabras de don Rodrigo de Quiroga vuelve la cara nimbada con una extraña luz de esperanza*).

Don Alonso Beltrán

(*Con arrojo, como un juramento hecho a doña Inés*).

Aunque todo parezca ya perdido,
no muere la esperanza... En el ocaso

quizás se hundirá el sol una vez más
para que larga tregua a nuestros ánimos
nos llegue con la noche.

Don Alonso de Monroy

Mas, la fuerza
no puede restaurar ningún descanso
si a la espera se sigue una más triste
suerte.

Capellán

Dios nos proteja con su mano
y al arrepentimiento el corazón
se excite ya, porque este día aciago
será de eterno juicio.

(*Pausa larga. Los caciques se ponen a gritar como llamando a batalla. Al oírlos, doña Inés se vuelve hacia la escena y mira a la gente que se halla en ella*).

Don Francisco de Aguirre

Me parece
que el último y el único acertado
consejo, sea el que sugiere el grito
de los caciques: de una vez rompamos
de los cautivos los grilletes... y ellos
nuestras vidas, así, puedan salvarnos.
No queda más que esta última esperanza,
por vaga y loca que la halléis acaso.

Doña Inés

(*Con un grito como para desvanecer la posibilidad de que se apruebe tal consejo*).

¡No! ¡Hay otra esperanza aún!...

(*Todos se vuelven, al oír su voz, con un movimiento de júbilo, cual si vieran próxima la liberación*).

Matar...

(*El júbilo se trueca en un profundo movimiento de horror*).

No está allá abajo el alma del contrario...
Ahí en esta prisión, reconcentrada,

(*Muestra la prisión al interior de la izquierda*).

está toda la fuerza del asalto
y resistencia: el cacique.

(*Se adelanta como en un hierático ensueño, y atraviesa la escena hasta llegar frente a don Alonso de Monroy*).

¡Pobres!
A la muerte más trágica lanzados,
ni un pensamiento tienen estos indios
de paz o bien de guerra... y si impávidos
se lanzan a perder hasta la vida,
no es, no, por un anhelo o un mandato
del propio corazón o la conciencia...
Hay un poder temido y venerado
que los anima y mueve dócilmente:
el cacique.

(*Pausa*).

Cortarle es necesario,
pues, sus siete cabezas a esta hidra
del infierno y lanzarlas como escarnio
supremo al enemigo, para que entre
al fin, por sus pupilas el espanto
y se le rinda el alma ante una fuerza
más avasalladora, a los dictados
de una más firme voluntad: la nuestra,

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

(*Pausa. Todos quedan mudos y abatidos*).

No queda otro recurso en nuestra mano.

Capellán

Una furia infernal es la que os dicta
tan horrendo consejo.

Don Alonso de Monroy

Nunca el sacro
y glorioso estandarte de la madre
España, manche un proceder villano
como aqueste. Isabel, reina, su gracia
de conquista jamás nos ha otorgado
para traición y muerte.

Todos

¡Horror!... ¡horror!...

Doña Inés

(*Majestuosa y tranquila*).

No el odio, ni la envidia, ni un relámpago
de avidez, ni el anhelo insatisfecho
de una venganza vil, ni el insensato
temer que de mi mal otro se goce
me han hecho que aconseje yo este paso
extremo. Sólo ha sido la suprema
necesidad, un íntimo mandato,
sólo una altísima razón de vida
cuando nos urge el tiempo al obrar rápido
y la razón se esconde, para asirse
firme tan sólo al juicio que dictando
el corazón nos va, en la del instinto
serenidad más pura, hacia do vamos

guiados por la justicia soberana
de Dios.

Capellán

¡Triste blasfemia!...

Don Alonso de Monroy

A tan nefando
designio, siempre le será contraria
mi voluntad.

Doña Inés

(*Con la sublime altanería de las almas fuertes*).

Sabed que no reclamo
vuestro consentimiento. Os manifiesto
sólo lo que yo pienso... y todo cuanto
sabré realizar.

(*Dirigiéndose a un soldado que está entre la muchedumbre*).

¡Ven tú conmigo!...

(*Vase sin mirar atrás para cerciorarse de que la sigue el soldado. Este, tras un momento de indecisión, es vencido por la magia de la orden y sale en pos de doña Inés*).

Todos

(*Con voz sorda*).

¡Desgracia!...

(*Y todos son presa de un terror que los enmudece. Después de una pausa se*

oye, desde adentro, la voz de doña Inés).

Doña Inés

¡Hombres!... Allá va rodando
la primera cabeza de los fieros
caciques.

(*Se oye un prolongado grito de los indios, mezcla de dolor y de amenaza*).

¡Ahí otra!...

(*c. a*).

¡y otra!...

(*c. a*).

Don Francisco de Aguirre

(*Ha corrido a la parte alta para observar el campo*).

Raudo
y con furor ataca el indio en masa.

(*Los yanaconas que están en escena se agrupan despavoridos como ante la última amenaza de muerte. Monroy y los otros están en actitud de lanzarse a la batalla inminente. Se oye una descarga de arcabuces. Después, en el silencio que sigue, se oye la voz de doña Inés, más vibrante aún*).

Doña Inés

Ahí tenéis la cuarta!...

(*El grito de los indios que sigue al lanzamiento de la cabeza, es más de miedo que de rabia*).

¡Y otra!...

(*a. a*).

Os mando
también la sexta.

(*a. a*).

Atancalongo, el último
os sonríe...

(*Los indios lanzan un grito largo como de supremo espanto. Se sigue un profundo silencio, y luego don Alonso Beltrán que ha subido también a la parte alta del fondo, grita con todo júbilo*):

Don Alonso Beltrán

Los indios, con espanto,
danse a la fuga. Atacan ya los nuestros
fuera de las defensas.

(*Todos los que están en escena y que habían quedado como atontados por la audacia de doña Inés, al oír la voz de salvación, respiran con júbilo. Entra doña Inés. Trae una espada ensangrentada en la mano derecha y dirigida hacia el suelo. Camina lentamente como en un sueño hipnótico*).

Capellán

(*Con profundo entusiasmo, apenas aparece doña Inés*):

Por tus manos,
nueva Judit, nos quiso Dios salvar
en el supremo instante. Eterno lauro
ciña tus sienes.

Todos

¡Y bendita seas!...

Doña Inés

(*Camina como si nada oyera. Al llegar al medio del escenario, deja caer la espada y se tapa la cara con las dos manos, como dominada por el terror. Después, rápidamente las quita y levantando la cabeza y mirando a lo lejos, grita*):

¡Por vos, don Pedro de Valdivia, lo hago!...

(*Cae desmayada en brazos de don Rodrigo de Quiroga, que se le ha acercado*).

Fin del tercer episodio.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

CUARTO EPISODIO

EI ABANDONO

Amplia salà en la casa de Don Pedro de Valdivia y de Doña Inés en Santiago.

A la derecha puerta de calle cerrada con una aldaba de madera y provista de gruesa tranca.

En segundo término y del mismo lado, una ventana con reja de fierro y póstigos de madera.

A la izquierda puerta que conduce al patio.

Otra puerta al fondo comunica con las piezas interiores.

En la mitad de la escena, hacia la ventana una mesa grande y a su lado un gran sillón de respaldar levantado.

Por doquiera se ven armas de distintas clases colgadas de la pared.

Es la hora del crepúsculo.

Escena primera

Gonzalo y otros.

Gonzalo.

(*Va recogiendo las armas que están suspendidas en los muros*).

¡Tener aún que preparar la marcha
con la eterna premura... y estar listos
para salir de nuevo a la ventura,
cuando al vivir de paz quieto y tranquilo
que aquí se goza, lejos del estrépito
de las armas y ajeno a los peligros
habíame ya casi acostumbrado!...

Un soldado

(*Entra llevando al hombro unos arcabuces*).

¿Los arcabuces?

Gonzalo

Debes conducirlos
do el Maestre de Campo. Y en seguida
volver, que tu presencia necesito.

(*El soldado sale*).

No podría afirmar que me disgusta
el vivir a merced de lo imprevisto,

y atisbando el llegar de la fortuna,
en incesante lid, sin más designio
que el de vencer infieles, y ganancia
hacer de amor y de dinero al mismo
tiempo, si es que la Muerte en la refriega
no te toma del cuello a su capricho
y te echa a la otra vida... Mas, los años
pesan cuando su número excesivo
se siente en las espaldas.

Otro soldado

(*Lleva arneses para caballos*).

¿Y estas sillas
y arneses?

Gonzalo

Acarréalos al sitio
donde se van reuniendo los carruajes
y los caballos.

(*El soldado sale*).

¡La vejez, poquito
a poco, pone el corazón tan tierno!..
Anda buscando el cuerpo, de un mullido
lecho el calor, y el apretado abrazo
que nos hace entregarnos al olvido
de los rudos asaltos...: Como ése
que, me regala, a veces, el cariño
de la dueña, que sirve a doña Inés...
Cierto que no es ya moza, pero digo
que, a pesar de sus años es maestra
doña Mercedes en amor!.. ¡Distinto
es su querer, del de las dulces monjas
de Roma, que don Pedro, de los mismos
dientes nos arrancaba en lo mejor
del algazara!.. o del ardor esquivo
de las audaces hijas de esta tierra

que nos suelen turbar el recocijo
nocturno del botín!..

Un graduado

(*Entrando*).

He revisado
todas las tiendas ya, y acto seguido
he mandado que al patio se trajesen.
Para los portadores, más sencillo
y fácil ha de ser aquí cargarlas.

Gonzalo

Bien.

Un graduado

(*Después de un breve silencio*).

Mas ¿sabes, Gonzalo, que a suplicio
este partir tan súbito me huele?..
Maese Inquisidor olfato fino
tiene para pescar en aguas turbias...
y desde lejos, de su voz el ruido
a este último confín hacer llegar
sabe la esposa de don Pedro... Rígido,
es ahora el Tribunal que pontifica,
desatando los lazos del cariño.
Pero si a ésta se vuelven... y alla abajo
la mujer nos alcanza...

(*Una pausa*).

El desvarío
necio vamos pagando mientras tanto,
viendo nuestro reposo interrumpido.

Gonzalo

¡Ea, vamos!.. ¡Paciencia!.. pues quien manda,
manda... y obedecer, cuando es preciso,

siempre es obra de sabio... Nunca al cielo
sino sólo a la tierra mira, esquivo,
quien por debajo está, si es que le importa
el vivir... ¿De cansancio estás rendido?...
¿Hacia una meta más lejana te insta
de repente a marchar por un capricho
súbito tu patrón?.. Pues bien, de prisa,
todo en silencio, y con la espada al cinto
camina hacia la gloria... o a la muerte...

Un graduado

Una muerte, con todo, que imagino
mucho menos segura de aquella otra
que me brinda el verdugo si, remiso
tardo en cumplir las órdenes... Mas dentro
del corazón, la rabia es cruel martillo
que golpea.

Gonzalo

No habríame causado
sorpresa la llamada de improviso,
con serme tan molesta, si de España
no estuviese llegándonos el grito
de la vieja consorte, que de cólera
ya parece una víbora... Al servicio
del Capitán don Pedro de Valdivia
yo llevo muchos años y su espíritu
conózcolo muy bien. No hay en el mundo
acaso otro señor más que él benigno,
ni más leal... Quizás lo es demasiado
con su adversario cuando lo ha vencido.
Pero no se resigna a estarse mano
sobre mano, en su hogar siempre tranquilo,
sin blandir una espada, y a porfía
corriendo con la muerte, de un peligro
en otro cada día.

Un graduado

El con su gusto
y nosotros ¡al diablo!..

(*Sale*).

Gonzalo

Si me libro
una vez más y traigo aquestos huesos
a mi casa, esquivándolos al frío
espectro de la muerte, si eso logro,
juro por esta Cruz

(*Lleva a los labios el puño de la espada*).

que un más tranquilo
y más seguro albergue he de arreglarme,
do mis años pasar, solo conmigo,
en dulce paz y amor...

Escena segunda

Gonzalo y Mercedes.

Gonzalo

(*Adelantándose a recibir a Mercedes que entra*).

¡Hola, mi hermosa
doña Mercedes!.. Tiene el sol más brillo
cuando vos en el campo aparecéis,
y siento entrar por estos ojos míos,
derecho al corazón, todas las gracias
y todo bien,

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

Mercedes

Muy placentero y fino
en el saludo, cual sonrisa suave
de una mañana del abril florido...
¡Siempre hidalgo y poeta, don Gonzalo!..

Gonzalo

Pero una pena cruel al recocijo
de hoy se agrega, pues siempre fué muy triste
una vigilia con afán solícito.

Mercedes

¿Es pues un hecho que, al rayar el alba,
de nuevo partiréis a caza de indios
y de tesoros, rumbo a misteriosas
e inexploradas tierras?..

Gonzalo

Si distinto
parecer no nos trae aquesta noche
en las alas del viento, establecido
está de la partida hasta el minuto.
Lo tiene ya don Pedro todo listo.

Mercedes

(*Con enfado*).

Mejor hubiese sido que en su casa
permaneciera de una vez tranquilo,
no dando libre campo a sus contrarios
que empeñados están en su exterminio.
Necio y cruel... doña Inés está angustiada...
tan apenada está cual si en su mismo
corazón se enroscara ya la muerte.
Este partir tan rápido, imprevisto,
sin invitarla a compartir del viaje

y sus riesgos... Partir, sin el alivio
brindarle de un adiós, tras una ausencia
larga, precisamente cuando se hizo
pública la sentencia que lo obliga
a abandonarla, es un atroz suplicio
y prueba demasiado dura al temple
de la pobre mujer.

Gonzalo

Mas no le es lícito
a don Pedro, si está su esposa siempre
reclamándolo, en paz gozar tranquilo
de otra mujer ahora que se mezcla
el juez en el asunto, porque es vivo
y se las sabe todas.

Mercedes

Demasiada
ingratitud será la de su juicio
si obedeciendo a hablillas y consejos
de quienes son sus peores enemigos
le paga así tan fríamente cuanto
le supo ella brindar de amor, auxilio
e intrepidez, durante el fatigoso
viaje, rumbo a estas tierras...

(*Breve pausa*).

Y adivino
que vos sois hecho de la misma carne!...

Gonzalo

Que me fulmine un rayo, aquí, ahora mismo
si me asoma la idea de dejaros...
pero siendo soldado, un negativo,
imperceptible gesto me podría
traer algunas gracias

(*Hace gestos como si lo ahorcaran*).

que maldito
lo que me agradan... O, rindiendo acaso
pleito homenaje a mi blasón antiguo,
me obligaría a un rápido decir
que sí, con la cabeza en un macizo
tronco bien apoyada

(*Hace gesto como si lo decapitaran*).

y a las plantas
de un señor con aspecto distinguido
que se deleita en tales menesteres.
¡Incertidumbre del vivir continuo
aventurero!...

Mercedes

(*Espantada*).

Si es así, partir
es lo mejor. Pero que hagáis, os pido,
cuanto es posible por volver tan luego
como podáis; que vuestra ausencia estimo
como un grave dolor.

Gonzalo

¿Y en qué otra cosa
pondré, Mercedes, la esperanza sino
en regresar?...

Mercedes

Pues bien, por el secreto
de amor que nos mantiene siempre unidos,
juradme que jamás vuestra persona
expondréis demasiado a los peligros
de los combates si un deber sagrado
no lo exige. Y usad, por Dios os pido,
mucha cautela... por mi amor...

Gonzalo

Sí, juro
cuanto, al manifestarse, este cariño
me pide.

Mercedes

Más tranquila así me quedo,
pues noche a noche, un sueño harto maligno
vuelve insistentemente con sus tétricos
presagios y me deja en cruel martirio
el corazón. En batallar furioso
y cercado por muchos enemigos
tras larga lucha me parece veros
sucumbir, por el número rendido,
y sin que aliente una esperanza sola
de salvación. Después por un camino
obscuro, os veo, arrastrándoos penoso,
extenuado, sin guía, sin auxilio
de nadie... y al miraros me estremezco
toda entera...

Gonzalo

(*Un tanto temeroso, pero fingiendo valor*).

¡Ea!... No veo haya motivos
para temer. Por lo que oculto dejan
siempre los sueños, tráennos consigo
felicidad cumplida. Y es seguro
que ya que muerto vos no me habéis visto
aun he de tornar a vuestros brazos
con riquezas y honores. Por el signo
de aquella Cruz que en Saragoza ostenta
mi Catedral, si es que regreso vivo,
junto a un altar suspenderé mis armas
y nos casamos luego.

Mercedes

¡Haga el Altísimo
que pronto sea!...

Gonzalo

(*Abrazándola*).

¡Amor de mi existencia!...

Escena segunda

Capitán Beltrán y dichos.

(*Se oyen insistentes golpes a la puerta*).

Mercedes

¿Quién será?...

Gonzalo

¿Para qué golpear la puerta
con tal violencia?...

Capitán Beltrán

(*Desde afuera, con voz de mando*).

¡Ah de la casa!...

Mercedes

Y llaman
con imperio.

Gonzalo

Es mejor no dar señales
de vida.

Capitán Beltrán

(*c. a*).

Abrid la puerta sin tardanza.

Mercedes

A fe que me parece conocida
la voz que se oye.

Capitán Beltrán

(*c. a*).

De inmediato.

Gonzalo

Llama,
según parece, un hombre de respeto.

Capitán Beltrán

(*c. a*).

¡Abrid!...

Mercedes

Será talvez cosa acertada
abrirle al fin, pues portador de alguna
noticia grave puede ser. La barra
conviene levantar y al mismo tiempo
tener firme la puerta... por si pasa
algo imprevisto...

(*Gonzalo quita la barra y, apoyándose con todo su cuerpo a la puerta, la abre un poquito y Mercedes, acercándose, espía por la abertura para conocer a la persona que está afuera*).

Capitán Beltrán

(*Siempre desde afuera*).

¿Doña Inés?...

Mercedes

Adentro
está, en su alcoba.

Capitán Beltrán

La he de ver sin falta
ni tardanza, y a solas.

Mercedes

Os advierto
que no sé si querrá daros pasada,
y no me atrevo a conturbar su amable
recogimiento... Mas... si Vuestra Gracia
supiera...

(*Convencida de que es persona de respeto la que habla, hace una señal a Gonzalo para que deje libre la pasada*).

Capitán Beltrán

(*Entrando*).

¡Abrid!... que cuando vuestra dueña
y mía, sepa que he venido y cuánta
sea, Mercedes, mi insistencia ahora
para decirle sólo dos palabras...

Mercedes

(*Con ademán respetuoso*).

Don Alonso Beltrán...

Capitán Beltrán

...seguro estoy
que ella no me querrá negar la gracia
que yo demando.

Mercedes

Y si, remisa, tardo
en presentar su súplica, apenada
se quedará por vuestra espera.

(*A Gonzalo*).

Junte
la puerta, pero sin poner la barra
y atienda usted, cual debe, a sus quehaceres.

(*Mercedes hace una venia profunda al Capitán Beltrán y sale. Gonzálo cierra la puerta con el cerrojo de madera y, recogiendo las armas que tenía juntas, vase*).

Escena cuarta

Capitán Beltrán—Doña Inés.

(*Esperando a doña Inés, el Capitán Beltrán se pasea nervioso por la escena*).

Doña Inés

(*Entrando*).

Para vos, Capitán Beltrán, mi casa

de par en par abierta siempre queda
cual corresponde a quien amigo llama
don Pedro de Valdivia, y sobre todo
a quien ha sido un compañero de armas,
al que recordaré siempre admirándole
por su cordura extrema y por su audacia
frente al común peligro.

Capitán Beltrán

(*Con un profundo saludo*).

A vos, Señora,
doy conmovido mis sinceras gracias
por tal gentil recibimiento.

Doña Inés

¿Grave
es el motivo que os conduce a un alma
que en el silencio y el dolor se oculta?...

(*Mirándolo fijamente*).

Parece que pensáis decirme aciagas
cosas. La faz traíais ardiendo
¡y se torna de súbito tan pálida!...
Los ojos se os anublan, y los labios
¡muestran tal contracción!...

(*Pausa*).

Viene a mi alma
al veros no sé qué de las vigilias
de combate.

(*Como recordando su valor*).

Maldito el vil canalla
que os intente, en esta hora de quebranto,
cerrar el paso. Vos tembláis de rabia
contenida...

Capitán Beltrán

(*Con arranque generoso*).

Decid:... y de vergüenza...
porque la afrenta cruel hecha a vuestra alma
quema mis carnes como un rojo sello
de fuego. Inicua es la sentencia dada
por nuestro Tribunal en vuestro daño.
Y la conjuración que se ocultaba
en el silencio, empuje irresistible
tomó de otras vilezas ignoradas.
Ataca por la espalda, cuando el brazo
nos tiembla y, tibio, el corazón nos falta
para mirar sereno al enemigo
frente a frente.

Doña Inés

¿Por qué, empero, se guarda
un odio tan tenaz y tan profundo
a quien dió la victoria a nuestras armas?...
¿a mí, que sola y escondida vivo,
contenta de mi amor y de la calma
que me rodea?...

Capitán Beltrán

Es siempre cruel el hombre;
más que una fiera, si es llevado en alas
de la ambición: para atrapar la presa,
lo pisotea todo con malvada
furia. ¿Qué sacra ley le importa al hombre
cuando la ingratitud rompe las gracias
recibidas?...

(*Pausa*).

Mejor es con violencia
responder a la insidia.

(*Pausa*).

A vuestra casa,
doña Inés, no he venido solo. Afuera
me aguardan mis amigos de confianza
que, sabiéndome fiel, doquiera y siempre
como fieles vasallos me acompañan.

Doña Inés

(*Como viendo una visión lejana*).

¡Oh mis cuatro potrillos irrequietos,
primeros siempre en atacar y en cada
retirada, en cejar siempre los últimos!...

Capitán Beltrán

En vuestra voluntad todo descansa
ahora. Una simple orden y...

Doña Inés

(*Queriendo interrumpir*).

Mas...

Capitán Beltrán

(*Sin darle tiempo de hablar*).

Todos
nosotros, esta misma noche, en armas
nos levantamos y os vengamos.

(*Doña Inés cubre con las manos su rostro, para que sus ojos no revelen toda la pena que ella siente y no quiere se descubra*).

Pronto
numerosos adictos a la causa
se plegarán. No hemos querido empero
sin vuestra aprobación a la arriesgada
aventura lanzarnos.

Doña Inés

(*Levanta la cabeza y haciendo un esfuerzo para dominarse, mira fijamente al capitán Beltrán*)

¿Y a vosotros
os pareció sin duda cosa llana
el grito de mi pecho herido?...

Capitán Beltrán

Pero
inicua es la sentencia y por desgracia
será una ley durísima, inflexible.
No hubo entre los Oídores quien dudara
en dar su voto contra vos, Señora.
Y nadie recordó con alma grata
lo que habéis sido siempre para todos
en horas de peligros y de pesadas
pruebas.

Doña Inés

Y cual me quedo en la radiosa
hora del triunfo...

(*Una pausa. Doña Inés continúa después, lentamente*).

Alonso, Alonso, sangra
mi corazón, mas no por mí. He vivido
ya demasiado del amor esclava
para que, en estas horas de tormento,
aun pueda estar solícita de mi alma...
Que Valdivia su amor defienda sólo.
Nada hay en mí que valga: de su casa
no soy más que una humilde sierva.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

Capitán Beltrán

(*Buscando convencerla*).

Pero
a toda intriga ajeno él nunca alcanza
los lazos a cortar que vil la envidia
le va tendiendo. La cabeza agacha
y obedece sin mas. Mañana mismo
otra vez se pondrá en viaje a comarcas
más remotas, echándose al olvido
lo pasado...

Doña Inés

(*Interrumpiendo dolorosamente*).

Y a mí también...

Capitán Beltrán

La rápida
acción es lo que importa antes que todo
mientras propicio el tiempo nos alarga
su diestra amiga. Con el arma en mano,
la atroz sentencia quedará anulada
por nuestra voluntad. Y así a don Pedro
de Valdivia tendréis a vuestras plantas
otra vez, y seguro, y sin temores...

Doña Inés

(*c. a*).

¿Y para qué me ha de servir esta amplia
libertad del vivir, si quien me tiene
de amor esclava, para mí no guarda
ya un recuerdo, ni sale a mi defensa?...

(*Pausa*).

¿A qué arrojar al viento, en flor segadas,
vuestras vidas tan sólo por un necio
placer de orgullo?... Mas tampoco es llama
de orgullo: es el amor el que cautiva

de sí me tiene y me consume el alma...
y el amor sólo pide amor...

Capitán Beltrán

El mismo
orgullo empero para sí reclama
su derecho.

(*Pausa*).

Son vuestras nuestras vidas...
lo hemos jurado...

Doña Inés

(*Dolorosamente*).

¡Acción noble y magnánima!...
y sin embargo es vano el juramento.

(*Pausa. Después con firme voz, y voluntad segura*).

Volved, os ruego, allá donde os aguardan
los compañeros vuestros y llevadles
el saludo que mi alma, lacerada
por el dolor acerbo, les envía.
Y por el sueño que hizo mi desgracia
y por nuestra amistad inalterable
cuyo vigor y lozanía arrancan
de esas jornadas de común zozobra;
por esta vuestra oferta tan magnánima
que aprecio más que la victoria misma,
os pido procuréis que con sus alas
me cubran el silencio y el olvido.

Capitán Beltrán

(*Con un poquito de resentimiento*).

Demasiado pedir, a quien con ansias
vino a ofreceros su vivir...

Doña Inés

(*Interrumpiendo y con mucha tristeza en la voz*).

Volved
aquí, cuando sintáis que os hace falta
un corazón de hermana, una ternura
de madre.

Capitán Beltrán

(*Visiblemente conmovido*).

El querer vuestro es ley y ¡basta!...

(*Besa la mano de doña Inés y abriéndose él mismo la puerta, sale*).

Escena quinta

Doña Inés—Mercedes.

(*Quédase un momento en pie, mirando, como fuera de sí, la puerta por donde salió el Capitán Beltrán. Después se deja caer en el sillón*).

Queda perdida así toda esperanza.
Mucho más cruel es el vivir sujeto
a continuo temor por el presagio
de un porvenir al corazón funesto,
que la del padecer certeza viva.
¡Oh, cual mis años quédanse dispersos
a lo largo del áspero camino
de sus triunfos!... ¡Oh tú, mi pobre y tierno
corazón que, al abrir cada mañana
sus pupilas, temblabas presintiendo
toda esta hora de muerte!... Talvez nunca
Pedro me amó. Quizás quiso mi cuerpo,
pero eso solo... y no mudó capricho

porque el de la conquista turbulento
ritmo, no le brindó ni voluntad,
ni tiempo.

(*Pausa*).

Si junto a él, placer intenso
me dió el amor, también duro martirio
me hizo el amor sufrir, con él viviendo...
y destilaba lágrimas la risa
y me dejaba siempre en desconsuelo
toda gracia otorgada.

(*Pausa. Entra Mercedes y va a reponer la barra a la puerta. Al pasar, volviendo, cerca de doña Inés ésta la detiene con un gesto. Mercedes se arrodilla a su lado poniendo la cabeza sobre las rodillas de doña Inés*).

¿Tan deshecha
estoy, Mercedes, que de mí el recuerdo
y de los años idos nada vale
en su ánimo, ni quiere darme Pedro
la caridad tan leve de un adiós?...

Mercedes

Fuerte como una encina vuestro cuerpo
está... y en vuestra cara, de su rudo
paso no dejó huella el sufrimiento...
y en vez desparramó más dulcedumbre.

Doña Inés

(*Con leve y triste sonrisa*).

Te guía el corazón y engaño cierto
te tiende el ojo, amiga taciturna
y buena...

(*Pausa. Después súbitamente*).

Obscuro el porvenir lo veo.

Mercedes

No... la esperanza por igual precede
a nuestra voluntad y al vivir nuestro.
Ella se encierra en el profundo arcano
del futuro, y de Dios en el eterno
pensamiento se esconde el porvenir.
Para nosotros un jirón de cielo
es la esperanza.

Doña Inés

Bálsamo exquisito
son tus palabras. Sin embargo, siento
que ya mi herida sangra demasiado.

Mercedes

¡Oh si pudiera restañarla luego
con mi dolor y con mi misma vida!...

Doña Inés

¡Dios te bendiga!....

(*Pausa*).

Déjame un momento
sola, Mercedes tan querida.

(*Mercedes hace ademán de levantarse*).

No...
quédate aún...

(*Pausa*).

La tarde va muriendo
en un ténue fulgor que desfallece
y en él va mi dolor desfalleciendo...
antes de que la mano de la noche
lo haga más vivo...

(*Pausa*).

¡Cómo es dulce el céfiro
en el ocaso... un grato, acariciante
soplo que llega suave, de muy lejos
desde el norte dorado, por la ruta
que yo seguí. Sus alas a desierto
huelen y al corazón muy quedamente
le va hablando de cosas que murieron.
¿No las escuchas tú?...

Mercedes

(*Cree que la señora delira*).

¡Pobre señora!...

Doña Inés

¡Cosa extraña!.. De dicha me habla el viento...
Evoca los recuerdos.

Mercedes

(*c. a*).

¡Oh señora
del alma!..

Doña Inés

(*Mirando fijamente en el vacío*).

Al declinar del día, Pedro,
de mi amor deseoso, regresaba:
tú en la ventana con el ojo atento
permanecías pronta a darme aviso
de su llegada. De repente el eco
sonoro de su paso acompasado
llegaba de la calle, en el silencio
y paz crepuscular.

(*Pausa. Se oye un rumor de pasos y de espuelas. Mercedes levanta la cabeza y queda escuchando. Los pasos parecen acercarse y Mercedes trata de llamar la atención de doña Inés*).

Mercedes

¡Oh doña Inés!..

(*Nada escucha y continúa hablando de sus recuerdos*).

Doña Inés

Mi corazón con su latir de fuego
medía el compás justo.

Mercedes

(*Oyéndose más cerca de la casa los pasos, se levanta y va a mirar por la ventana, y como si viera algo que la alegrara, se vuelve hacia doña Inés*).

¡Doña Inés!..
¡Señora!..

Doña Inés

(*c. a.*).

Dábale él tres golpes recios
y breves a la puerta con el puño
de su espada, cual llama con imperio
el señor para ser obedecido.
Corrías tú: le abrías al momento...
y con él penetraban en la casa
el sol y la ventura al mismo tiempo.

(*Se oye golpear despacio y nerviosamente a la puerta*).

Mas ¿quién golpea así tímidamente,
como con gana y también con miedo
de que se le abra?..

Mercedes

(*Con el alegre afán de dar una buena nueva*).

Es él, señora, es él...
Don Pedro de Valdivia. Yo de verlo
acabo, mientras él aquí llegaba.

Doña Inés

(*Como despertando de su sueño y con un leve acento de reproche*).

¿Y cerrada está la puerta?... ¿Pero
ya no es fiel ni obsequiosa, mi Mercedes,
por cuanto a mi señor se debe?...

Escena última

Don Pedro de Valdivia—Doña Inés.

(*Mercedes abre la puerta. Entra don Pedro de Valdivia y se adelanta hacia doña Inés Suárez, la cual al verle se ha levantado. Don Pedro tiene una cara de indecisión y de dureza. Doña Inés transfigurada por un ímpetu de pasión se echa a sus pies. Don Pedro deja sobre la mesa su sombrero y la espada. Mercedes sale*).

Doña Inés

¡Pedro,
Pedro mío!... Permíteme que abrace
tus rodillas. Humildemente, ruego
tu perdón, por haber de ti dudado.
Aquí a mi lado nuevamente has vuelto
y yo... ni te aguardaba: no tenía

ya fe en tu amor... ni la esperanza el pecho
me llenaba. Pero... es que soy tan débil
sin ti!..

Don Pedro de Valdivia

(*Sombrío y con ademán severo*).

Levanta, Inés.

Doña Inés

¡Oh, no!.. ¡No quiero!..
Déjame, Pedro, estar arrodillada
así algunos instantes por lo menos
para purificarme de mi triste
pecado. ¡Amor, mi vivo amor, mi espléndido
tesoro!.. Es dulce padecer por cuanto
ha transcurrido, cuando está repleto
el corazón de gozo.

Don Pedro de Valdivia

(*c. a.*).

Alzate, Inés.
No puedo aquí quedarme tanto. El tiempo
me necesita, y va escapando rápido.

Doña Inés

(*Se levanta y queda tristemente sorprendida al ver que don Pedro está con los brazos cruzados sobre el pecho como esperando que todo acabe pronto*).

¿No me abre ya sus brazos con afecto
mi buen señor, para que en ellos pueda
yo esconderme?..

(*Con voz muy triste y dolorida*).

Siempre él así en los buenos
tiempos lo hacía...

Don Pedro de Valdivia

Tiempos ya lejanos...
Imperioso un deber y muy diverso
me ocupa el alma.

Doña Inés

(*Mirándolo espantada*).

Dura la mirada...
las palabras confusas, como hielo
caen en la mitad del corazón.

Don Pedro de Valdivia

Preciso es que así sea, pues habiendo
sido informada la Real Audiencia
de nuestra vida marital, sus miembros
de consuno juzgaron que se trata
de culpa grave, y úrgenme a que, presto
cumpla yo con deberes más sagrados.
Ello ha de ser, y necesaria veo
nuestra separación.

Doña Inés

¿Y tú obedeces?..

(*Mira fijamente a don Pedro que baja, confundido, la cabeza*).

Del que yo conocí ¡ay!.. ¡qué diverso
parece mi señor!.. Antaño
su sola voluntad, su solo imperio
era la ley de todos... ¡y hoy se halla
a cumplir otras órdenes dispuesto!..

Don Pedro de Valdivia

(*Herido en su orgullo con irritación y altanería*).

Con mi espada yo sé imponer mis órdenes
cuando son asistidas por derecho
y por justicia. Mas no puedo alzarme
en rebelión contra ningún decreto
que en nombre de mi Rey...

Doña Inés

(*Recordando lo que el Capitán Beltrán ofreció*).

Otro intentarlo
supo...

(*Calla temerosa de haber dicho demasiado y de que don Pedro acepte su consejo de rebelión. Pero don Pedro en su rostro no demuestra más que miedo por sus palabras. Entonces ella continúa al principio con ironía, después con fuego de pasión*).

¡No!.. por mi causa no deseo
que te rebeles; tengo en alta estima
tu existencia; mi amor por ti es inmenso.
Apela al Rey... ¿Dónde hay alguna prueba
de nuestra dulce intimidad de afecto,
salvo un astuto juicio temerario?..
¿Cuál derecho reclamo, que un secreto
pacto de amor revele entre nosotros?..
¿No es acaso honestísimo y discreto
mi modo de vivir, como a una esclava
le conviene?.. ¿He soñado en los momentos
del triunfo, cual señora, a tu derecha
estar talvez?... Y al ir yo corriendo
de la conquista las sangrientas rutas,
toda descalza, con fatiga el cuerpo,
harapienta, en la lucha y sacrificio
jamás segunda, era también por cierto
tu mujer... Y con todo, para nadie
motivo fuí de escándalo, o pretexto
de discordia.

Don Pedro de Valdivia

Apelar al Soberano
por la sentencia dada yo no puedo.
Pidióse desde España juicio rápido
y la condena, si es que culpa en ello
se llega a comprobar.

Doña Inés

Implora entonces
gracia. Te da esta tierra algún derecho
a ella. Si un vasto reino has conquistado
para tu Rey, bien puede él darte al menos
la libertad para vivir tu dulce
sueño de amor. Tu culpa borre el épico
resplandor de tu gloria.

Don Pedro de Valdivia

De nosotros
escarnio hace a menudo nuestro anhelo,
y malamente forja una esperanza
en nuestro corazón. Y no me atrevo
ni siquiera a intentar lo que tú ahora
me aconsejas de hacer. Desde mi suelo
de Extremadura, haciendo sueños de oro
y de poder, con su querella y ruegos
suplica mi mujer que el Soberano
me oblígue de una vez a que al momento
la llame aquí a mi lado y además
a que cuanto es por ley de su derecho
pleno, le sea, al fin, reconocido.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

Doña Inés

(*Con vehemencia*).

¿Y qué? ¿Tal vez te has olvidado, Pedro,
de mandarle el tributo acostumbrado
de libertad con la ida de regreso
del último galeón?.. ¿qué más exige?..

¿Supo ella acaso en tus mejores tiempos
tenerte junto a sí con la virtud
de fiel esposa y con amor intenso
de mujer?.. ¿Supo ella seguir tus pasos
cuando, por alcanzar fortuna, envuelto
en lucha te encontrabas en los llanos
de Lombardía, o frente a los enhiestos
bastiones de la eterna Roma?.. ¿O ella
supo tal vez buscar tu derrotero
con audacia de amor en estas tierras
de ultramar?..

(*Una pausa*).

¿Sólo ahora que, cubierto
de gloria va tu nombre por el mundo
resonando, aparenta afán y anhelo
por ti?...

Don Pedro de Valdivia

(*Sin entusiasmo*).

Ella es mi mujer.

Doña Inés

(*Con el grito de una mujer herida en lo más íntimo de su corazón*).

¿Y yo?..

(*Silencio largo. Después doña Inés continúa lentamente*).

Tu ser
he conquistado para mí con tierno
amor y con dolor.. ¡Yo sola... yo
soy tu mujer!.. La que se encuentra lejos
es tu querida.

Don Pedro de Valdivia

(*Espantado*).

Inés... Inés... acaba
de traicionar tu burlador acento
lo que por dentro la conciencia nota.
¡Es que la angustia y el mortal despecho
tu pensamiento nublan!..

(*Doña Inés se deja caer sobre el sillón y apoyando los codos sobre la mesa, esconde la cara entre las manos y solloza*).

De rodillas
ante el altar fidelidad sin término
por siempre le juré y es voz divina
la que me ordena deshacer, resuelto,
el nudo del tristísimo pecado.

(*Pausa. Doña Inés sigue sollozando nerviosamente*).

Inés... Inés... ¡qué cruel es el tormento
de la conciencia que remuerde inquieta!..

Doña Inés

(*Irguiéndose, sin levantarse, dice lentamente*).

¿Y crees tú que, amargo y vivo, dentro
de mí no está el remordimiento?.. Hoy grave
es nuestra culpa para ti y ha tiempo
que ella mi corazón tortura...

(*Pausa*).

Apenas
cometí mi pecado, éste al momento
contra mí se volvió por siempre... y gritos
en mi conciencia alzó la mar y el cielo
y la tierra, y el orbe entero... Porque
con más tristeza todo lo que es bello
me hablaba de la muerte...

Mas llegabas
tú, y por virtud de amor, mi vida luego
volvía a renacer... Amarte siempre,
Pedro, y amarte más allá del tiempo,
de lo terreno y de lo eterno... Así
corroboraba el corazón aquello
que con mi voluntad me proponía.

Don Pedro de Valdivia

(*Mientras doña Inés habla va él perdiendo su frialdad y la fascinación de la mujer lo cautiva*).

¡Qué bella estás así, radiante el cuerpo
de una pasión que el alma te suspende
en arrebato!..

Doña Inés

(*Sin tomarle en cuenta*).

Dios me salva, Pedro...
¡Sí!.. Dios me salva, en gracia de una breve
oración que, cual leve flor, gimiendo
dejábale caer cada mañana
a la mi Virgen del Pilar... ¡Tan presto
de la tenaz perversidad humana
me hace juguete y abatida quedo,
como Su Gracia me renueva entera!..
No había fuerza en mí que desde dentro
del corazón pudiera a ti arrancarte...
valor... ni voluntad... Tú mismo has hecho
que todo encanto, al fin, se destruyera.

Don Pedro de Valdivia

(*Con profunda tristeza*).

Perdiéndote por siempre...

Doña Inés

No, de nuevo
me encuentras tú... mas como amiga... aquella
misma que se forjó tu ardiente anhelo
para tranquilidad de tu conciencia.
Siempre amor de mujer es verdadero
amor de madre... No se rinde nunca
ni al tiempo, ni a la muerte, ni al perverso
o ingrato proceder que le responda.

Don Pedro de Valdivia

Ya dejarás de ser mi guía experto
y mi fortuna. Solo y sin defensa
mis pasos volveré hacia el misterio
de lo ignoto.

Doña Inés

No fuí yo, ciertamente
quién así lo buscó. Mas ya, deshecho
está el encanto y no será posible
forjárselo otra vez.

(*Pausa*).

Mi pensamiento
en cambio, fiel te seguirá doquiera
que vayas.

(*Pausa*).

Resonando, este consejo
con mi recuerdo lleva siempre en ti:
observa en rededor; con ojo atento
a tu vecino sigue; mira que anda
el odio más tenaz que el amor, Pedro;
eres un niño apenas, de la vida
en el incierto juego.

(*Pausa*).

* (Inés de Suárez).

Ponle freno
a la insaciable audacia que te ciega.
El adversario ya no sigue siendo
como al principio se mostró; muy pronto
en nuestro modo de lidiar fué diestro
y es hoy en el ataque más astuto.
Nunca embiste cual león, al descubierto:
conoce bien la insidia y sabe usarla.

Don Pedro de Valdivia

(*Interrumpiendo, con vanidad*).

Siempre el águila mira con desprecio
a su peor enemigo, al atacarlo
desde la diáfana amplitud del cielo.

Doña Inés

Y si de pronto, herida, precipita
cayendo prisionera, un vil mancebo
cualquiera hará a su arbitrio escarnio de ella.

Don Pedro de Valdivia

(*Como interpretando para sí el funesto presagio, calla un instante. Después dice*).:

Guardaré esta advertencia tuya dentro
del corazón.

(*Pausa. Después arrebatado por viva pasión*).

Mas dime, Inés, aún dime
una palabra tuya que de aliento
me sea y de esperanza. Si el mañana
propicio otra fortuna a mi deseo
trae, de vida, de poder y gloria,
¿a tu lejano hogar volver podremos?..

(*Una pausa. También doña Inés va poquito a poco cediendo a la pasión que tuvo... y todavía vive en ella, y su*

rostro se enciende a medida que don Pedro habla).

A aquel que a nuestro amor vió florecer...
¿No te acuerdas?..

Doña Inés

(*Vencida, sin querer, por el recuerdo*).

Estaba el hombre pérfido
cerca de mí para ultrajarme, listas
las manos...

Don Pedro de Valdivia

Pero, un grito tuyo... el vértigo
de mi llegar... y el agresor cobarde
ya dábase a la fuga.

Doña Inés

Y tuya, Pedro,
me hiciste...

Don Pedro de Valdivia

Cual conquista ambicionada.

Doña Inés

(*Como reviviendo la hora suprema*).

Y nunca una cautiva, con su dueño
fué más agradecida.

Don Pedro de Valdivia

(*Con el rostro casi cerca del de ella*).

¿A tu lejana
casa, Inés, algún día volveremos?..

Doña Inés

(*Está por abandonarse en sus brazos pero se despierta del sueño de amor que la había cautivado, y alejando a don Pedro con firme ademán, dice con voz muy triste y muy lenta*:).

Yo sola, Pedro, sola he de tornar...

Fin del cuarto y último episodio.

Notas

DE LA HISTORIA DE CHILE DE DON CRESCENTE ERRAZURIZ

Con los pocos aventureros salió también del Cuzco una española, Inés Suárez o Juárez, de hidalgo linaje, como de treinta años de edad y ligada con lazos de culpable amor a Pedro de Valdivia, cuya legítima esposa, doña Marina de Gaete, permanecía en España y había de llegar a Chile, llamada por su marido, cuando el conquistador había ya muerto. Inés Suárez era viuda y probablemente había venido a América con su marido, cuyo nombre doña Marina de Gaete, según todas las probabilidades, nunca supo la ilícita se ignora. Digamos, para hacer menos odiosa la conducta de Valdivia, que relación de su marido mientras duró su escándalo y que Valdivia le envió en diversas ocasiones a España no despreciables remesas de dinero.

¿Qué idea debemos formar de Inés Suárez, viéndola tomar parte en aventuras, cuyos peligros y padecimientos de todo género ponían miedo aún a hombres valientes, única mujer española entre la soldadesca que venía al descubrimiento y conquista de Chile, y presentarse sin pudor alguno como la manceba del Capitán? Difícil no tenerla por mujer despreciable, y, sin embargo, y a pesar de su falta y del escándalo que con ella daba, no carecía de distinguidas cualidades de inteligencia y también de corazón. Las voces de cien testigos se levantan para aseverar que, durante la tremenda travesía del desierto y en medio de los combates y después de ellos, estuvo siempre pronta para acudir en socorro del desgraciado y del indigente y cuidar solícita al enfermo, al herido. Poco a poco fué adquiriendo conocimientos, desde aprender a leer y escribir, tomando decisiva influencia y siendo escuchada y consultada en arduas circunstancias por aquellos rudos guerreros y, cuando ocho años más tarde hubo de romper por sentencia judicial el escándalo de sus relaciones con Valdivia, supo repararlo con digna conducta y dar por el resto de sus días ejemplo de virtud, y unida en matrimonio con uno de los más ilustres conquistadores, con Rodrigo de Quiroga, fué varias veces la esposa del Gobernador de Chile.

* * *

Pedro de Valdivia, natural de la Serena en Extremadura, nació a principios del siglo XVI y, sus cartas lo muestran, recibió una educación, que en aquella época podía llamarse esmerada. Desde sus primeros años siguió la carrera de las armas y militó en los tercios españoles, entonces sin rivales en el mundo, mandados por capitanes que se llamaban Colonna y el Marqués de Pescara.

* * *

Más que hombres a sueldo, soldados, podían llamarse aventureros: la mayor parte iba por su cuenta y riesgo... iban por partidas y escogiéndose sus propios jefes.

* * *

Con quinientos brillantes guerreros el adelantado don Diego de Almagro, derramando a manos llenas el oro, había salido a la conquista de Chile lleno de recursos y esperanzas y se había visto, no obstante, obligado a abandonar la empresa, después de soportadas las indecibles penalidades del desierto y vencidas las demás dificultades del largo camino: ¿no se debería calificar de locos a un puñado de aventuerros que casi sin recursos partían ahora del Cuzco a la conquista de Chile?

* * *

Verdaderamente eran hombres de fierro y no había dificultad, penalidades, ni peligros capaces de doblegar y amilanar aquellos corazones indomables.

* * *

Partieron del Cuzco, con Pedro de Valdivia:
Alvar Gómez, Maese de campo, que se murió al salir del Cuzco,
Juan Gómez, Alguacil Mayor,
López de Ayala,
Luis de Toledo,
Antonio Zapata,
Hernán Vallejo,
Luis de Cartagena,
Bernal Martínez,
Pedro Miranda.

Don Tomaso Thayer Ojeda anota los siguientes nombres como los que siguieron a don Pedro de Valdivia:

Francisco de Aguirre, Juan de Almonacid, Pedro Alonso, Juan Alvarez, Rodrigo de Araya, Francisco de Arteaga, Juan de Avalos Jofré, Lope de Ayala, Santiago de Azoca.

Juan Bautista Monge, Juan Bohon, Juan de Bolaños.

Juan de Cabrera, Alonso del Campo, Juan Martín de Candia, Juan de Carmona, Alonso Caro, Luis de Cartagena, Francisco Carretero, Antonio Carrillo, Gaspar de las Casas, Martín de Castro, Diego de Céspedes, Pedro Cisternas, Alonso de Córdoba, Juan Crespo, Gabriel de la Cruz, Juan de Cuevas Bustillos y Terán, Juan de Cháves, Alonso de Chinchilla.

Diego Delgado, Antonio Díaz de Rivera, Bartolomé Díaz, García Díaz de Castro, Mateo Diez, Pedro Domínguez.

Pedro Esteban del Manzano.

Juan Fernández de Alderete, Bartolomé Flores, Juan de Funes.

Juan Galaz, Francisco de Galdames, Juan Gallegos de Rubias, Pedro de Gamboa, Ruy García, Diego García de Cáceres, Gerardo Gil, Juan Godinez, Juan Gómez de Almagro, Pedro Gómez de la Montaña, Juan Gómez de Yévenes, Juan González, Pedro González de Utrera, Don Rodrigo Gonzalo Marmolejo, Juan Gutiérrez.

García Hernández, Francisco Hernández Gallego, Juan de Herrera, Antonio Hidalgo, Juan de la Higuera.

Martín de Ibarrola.

Pascual Genovés, Juan Jiménez, Ortún Jiménez de Vertendona, Juan Jofré.

Lope de Landa, Francisco de León, Pedro de León, Juan Lobo.

Bartolomé Márquez, Bernal Martínez, Pedro Martín Parras, Pedro de Miranda, Alonso de Monroy, Alonso Moreno, Salvador de Montoya, Bartolomé Muñoz.

Juan Navarro, Juan Negrete, Alvar Núñez, Diego Núñez, Francisco Núñez, Lorenzo Núñez, Juan Núñez de Castro.

Olea, Juan de Oliva, Domingo de Uribe, Diego de Oro, Juan Ortiz Pacheco, Martín de Ortuño.

Juan Pacheco, Antonio de Pastrana, Luis de la Peña, Alonso Pérez, Diego Pérez, Santiago Pérez, Juan Pinel, Don Francisco Ponce de León.

Rodrigo de Quiroga.

Francisco de Rabdona, Juan Rasquido, Francisco de Riveros, Gonzalo de los Ríos, Francisco Rodríguez, Juan Romero, Juan Ruiz.

Gabriel de Salazar, Alonso de Salguero, Alonso Sánchez, Diego Sánchez de Morales, Pero Sancho de Hoz, Don Martín de Solier, Inés Suárez.

Antonio Tarabajano, Luis Ternero, Luis de Toledo, Fernando de la Torre.

Antonio Ulloa.

Francisco de Vallido, Juan Valiente, Hernando de Vallejos, Sebastián Velásquez, Marcos Veas, Diego de Velasco, Jerónimo de Vera, Juan de Vera, Gaspar de Vergara, Francisco de Villagra, Pedro de Villagra, Gaspar de Villagra.

Antonio Zapata, Juan de Zurbano.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION
SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL

E R R A T A

Errores hay, y muchos.

Es inútil corregirlos.

Desde que el mundo es mundo jamás alguno ha leído una errata.

Quien tiene ojos, que vea.

Indice

Epístola VII

Prefacio XIII

Primer Episodio 5

Segundo Episodio 45

Tercer Episodio 89

Cuarto Episodio 131

Notas 171

Imp. "San Francisco". — P. Las Casas

Precio $ 15.--

IMPRESO EN CHILE